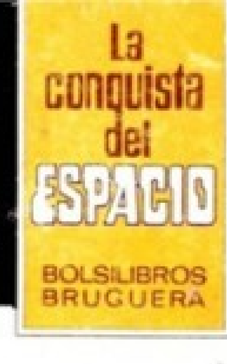
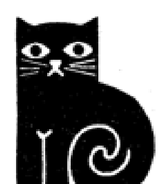
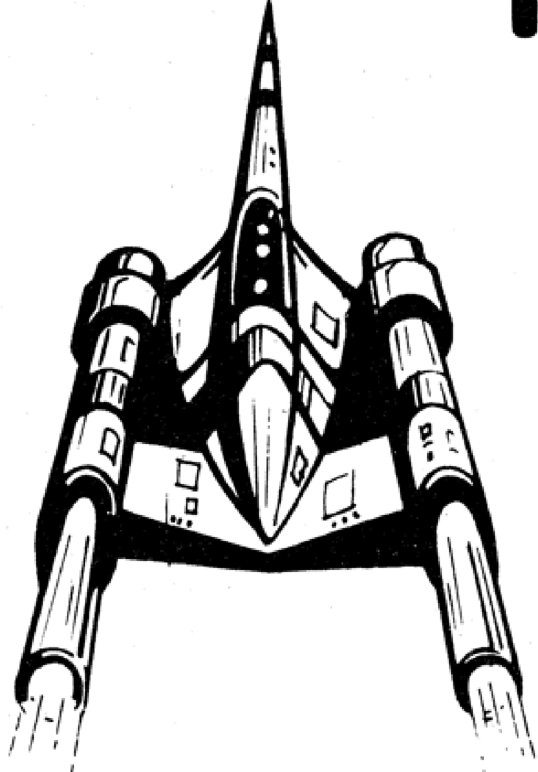


LA GRAN INVASION

Adam Surray

CIENCIA FICCION





La conquista del ESPACIO

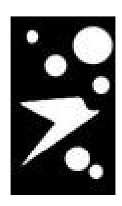
ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCION

607 — *Homo rex,* Kelltom Mclntire.
608 — *Súbdito de las tinieblas*, Kelltom Mclntire.
609 — *El enigma de Yamarai,* Kelltom Mclntire.
610 — *No somos dioses,* Ralph Barby.
611 — *Seres superiores,* Lou Carrigan.

ADAM SURRAY

LA GRAN INVASION

Colección
LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 612
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO
ISBN 84-02-02525-0
Depósito legal: B. 10.705 1982

Impreso en España - Printed in Spain

l.ª edición: mayo, 1982
l.ª edición en América: octubre, 1982

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152 Km 21,650) Barcelona – 1982

CAPITULO PRIMERO

Los labios de Brooke Pickens eran gruesos. Muy carnosos. Extremadamente húmedos. Como si estuvieran siempre impregnados de saliva.

Y aquellos labios besaban ávidamente a Goldie Brennan.

La muchacha dominó su repulsión. Sus náuseas. Incluso consiguió forzar una sonrisa al separarse de Pickens.

—Bueno, Goldie... ¿Qué te parece mi choza? —rió Brooke Pickens, con suficiencia—. Este es mi pequeño refugio. Mi lugar secreto. En el corazón de las Wendy Hills. Ningún vecino en varias millas a la redonda. Es como vivir en un mundo aparte. ¡Lejos de la demente megalópolis de Los Angeles!

La casa era de una sola planta. Un moderno bungalow de techo alabeado. Con paneles de vidrio electrificado para calentar o enfriar las habitaciones. Decorada y amueblada con gran lujo.

Todo acorde con el gran Brooke Pickens, presidente de Mundocanal. La cadena de televisión más importante. No sólo de los EE.UU. Mundocanal era visionado por millones de seres humanos. Con un extraordinario poder de captación de masas.

—Es una casa maravillosa, Brooke.

Pickens empequeñeció los ojos.

Fijos en Goldie.

—Tú sí eres maravillosa.

En efecto.

Goldie Brennan era una preciosidad. Dieciocho años. Apenas cumplidos. Pelo azabache a juego con sus negros ojos. Rostro de perfectas facciones. Cuerpo de armoniosas formas modelado por un favorecedor vestido que acentuaba aún más su belleza.

Brooke Pickens volvió a besar los labios femeninos.

Con desenfrenada lujuria.

Sus manos recorrieron una y otra vez la espalda de Goldie. Presionándola contra sí. Percibiendo el turbador contacto de los breves senos, el calor que emanaba del cuerpo de la joven, su perfume...

Pickens se separó jadeante.

Enfebrecido por la pasión.

—Te acompañaré a la habitación —dijo Pickens, con ronca voz—. Vamos…

Goldie volvió a forzar una sonrisa.

Una verdadera mueca de resignación.

Ya no podía retroceder. Había aceptado la invitación de Pickens. Con todas sus consecuencias. Una invitación a su bungalow de las Wendy Hills. Era fácil adivinar el significado de aquella… invitación.

No.

Goldie no fue allí engañada.

Era ambiciosa. No quería permanecer en el anonimato. Actualmente ni tan siquiera figuraba en la nómina de actores fijos de Mundocanal. Había actuado en algún que otro vulgar spot publicitario y participado en mediocres telefilms destinados a países de reducida audiencia.

Goldie quería pertenecer a la plantilla de la Cámara Programación Uno de Mundocanal. Donde se realizaban los mejores programas. Los mejor pagados. Una sola aparición en un film de la Cámara Programación Uno era asegurarse de inmediato la fama mundial.

Brook Pickens era el presidente de Mundocanal. El jefe supremo. Podía hundir y encumbrar. Por eso estaba allí Goldie. Dispuesta a todo. Conocedora de la generosidad de Pickens. No era la primera jovencita que alcanzaba la fama después de una noche en el bungalow de las Wendy Hills.

Abandonaron el salón-comedor.

Brooke Pickens abrió nerviosamente una de las puertas del corredor.

La habitación se iluminó automáticamente. Una circular cama ocupaba el frente de la estancia. Junto con el armario, boudoir y demás mobiliario.

—Mi… mi neceser… Creo que quedó en el living.

Pickens acudió a un panel acoplado en la pared de la habitación.

Pulsó uno de los botones.

A los pocos minutos apareció un individuo. De unos cuarenta años de edad. De fuerte complexión. Rostro bronceado. Del color de la terracota. Unas facciones que acusaban el contacto directo con el aire y el sol de las montañas.

—El neceser de la señorita, Gilbert —dijo Pickens—. Está en la

entrada.

El individuo asintió con un débil movimiento de cabeza retirándose a cumplir la orden.

Pickens sonrió.

—Un tipo extraño, ¿verdad, Goldie?

—No parece un mayordomo...

—Gilbert Gielgud es un individuo amargado. Le gusta la soledad. Trabajó en el cine, ¿sabes? Siempre haciendo el papel de malvado. Lleva conmigo seis años. Desde que hice construir el bungalow. Gilbert está siempre aquí. Solo. Al cuidado de la casa. Me es fiel como un perro.

Goldie esbozó una sonrisa.

De buen grado hubiera cambiado de partenaire.

El tal Gilbert Gielgud por el repulsivo Pickens.

Retornó el individuo con el neceser.

—Muy bien, Gilbert. Puedes retirarte. Ya no te necesitaré más.

Brooke Pickens entregó el neceser a la muchacha. Y de nuevo sus ojos acusaron la lascivia. Devorando a Goldie con la mirada.

—Tengo que realizar un par de llamadas telefónicas, Goldie. En la mesa de noche encontrarás el miniprogramador. Música, televisión, bebidas... No tienes más que pulsarlo. Regresaré pronto.

Goldie asintió.

Con fingido entusiasmo.

Contempló la salida de Pickens.

Sus torpes movimientos. Propios de un individuo de su edad. Brooke Pickens ya había cumplido los sesenta años. De carnes blandas. Voluminoso. Carente de ejercicio físico. Un individuo en verdad repulsivo.

La muchacha ahogó un suspiro.

Resignada.

Se introdujo en el contiguo cuarto de baño portando el neceser. La sala era espaciosa. Los elementos del baño de una sola pieza. Formando parte de los muros y piso.

Goldie procedió a desvestirse.

Quedó desnuda frente al espejo mural.

Sonrió.

Conseguiría que Pickens aullara de entusiasmo subiéndose por las paredes.

Y no sería para menos. El cuerpo de Goldie era el de una ninfa. Una diosa escapada del Olimpo. Los senos breves, erguidos, puntiagudos, de erecto pezón que destacaba centrado en la ancha aureola. El vientre liso, muy levemente curvado. La cintura cimbreante en seductor contraste con el inicio de las torneadas caderas. Las piernas de largos y esbeltos muslos.

Sí.

Brooke Pickens se subiría por las paredes.

Goldie abrió el neceser. Iba preparada. Extrajo el modelito. Un maillot de noche confeccionado en netnylon satinado. En rojo. Con encajes en el escote dejando totalmente la espalda al descubierto.

La suave tela se ajustó al cuerpo de Goldie como una segunda piel.

La muchacha retornó al dormitorio.

Manipuló en el miniprogramador reduciendo la iluminación de la habitación. Dejándola en tenue penumbra. Seguidamente abrió el ventanal asomándose al balcón.

La brisa de la noche azotó el rostro femenino.

El paisaje era maravilloso. Al fondo las colinas. En lo alto, la luna. Escoltada por su corte de parpadeantes estrellas.

Una maravillosa noche.

El bungalow estaba dotado de extenso jardín, piscina, pista de tenis, garaje para seis vehículos y pequeña zona asfaltada para el aterrizaje de aviones.

Los gordezuelos labios de Goldie volvieron a sonreír.

A la vez que sus ojos adquirían un codicioso brillo.

Desde allí podía ver el jet de Brooke Pickens. Un VMS-03 con capacidad para seis pasajeros. En él habían realizado el trayecto Los Angeles-Wendy Hills. Un fabuloso jet que brillaba sobre la pista de aterrizaje.

Goldie alzó sus ojos al negro manto del cielo.

Se imaginó también ella propietaria de uno de aquellos maravillosos jets. Para desplazarse por los EE.UU. Aclamada por infinidad de admiradores que…

La joven interrumpió bruscamente sus sueños.

Parpadeó.

Contemplando el punto luminoso que había surgido en el cielo. Un foco de rutilante luz. Centelleante. De un intenso color índigo.

Como el azul oscuro de las profundidades del mar.
La luz quedó fija en la inmensa cúpula del cielo.
Y luego comenzó a descender.
A gran velocidad.
Fue como el caer de una estrella fugaz.
Goldie agrandó los ojos alucinada por el espectáculo. Aquella iridiscente luz avanzaba hacia allí. Hacia el bungalow. En vertiginoso descenso.
De nuevo se detuvo.
Como si flotara en el aire.
Paulatinamente fue perdiendo su índigo color siendo reemplazado por cuatro rayos de luz blanca. Semejante a los de una lámpara de cadmio de millones de watios.
Goldie retrocedió instintivamente.
Cegada por aquella luminosidad.
El extraño objeto lucífero ya estaba sobre la pista de aterrizaje. Y comenzó el descenso. En vertical. Proyectando aquellos cuatro rayos sobre el asfalto.
Sin el menor ruido.
Mansamente se fue posando sobre tierra.
Los ojos de Goldie ya reflejaban terror. Convencida de que aquello no era un avión. Se trataba sin duda de un OVNI. De un desconocido artefacto volador.
Los rayos de blanca luz cesaron.
Y la muchacha pudo entonces, desde su privilegiado mirador, contemplar el aparato.
De diseño casi semicircular. Plano de sustentación marcadamente deltoide. Superficie superior plana y de un intenso amaranto metálico. La inferior curvada. En la cola tres aletas. También asomaban cuatro discos en la parte ventral.
El artefacto se había posado sobre la pista.
Con suavidad.
Hasta quedar totalmente inmóvil.
Se abrió la puerta del bungalow. Aparecieron Brooke Pickens y Gilbert Gielgud. Ambos con un moderno rifle «Mercury». El arma empuñada por Gielgud llevaba acoplada una bocacha lanzagranadas.
Los dos hombres corrieron hacia la pista de aterrizaje.
Goldie quiso llamarles, pero sólo consiguió mover los labios.

Incapaz de articular sonido alguno.

Contempló cómo Pickens y Gielgud se detenían frente al aparato.

Encañonándole con sus armas.

Y entonces ocurrió.

La parte superior del artefacto se fue deslizando. Abriéndose una compuerta. Asomando el tripulante. Primero fue el yelmo de vidrio oscuro que protegía su cabeza. Quedó sentado sobre la compuerta deslizante. Lucia un plateado traje de una sola pieza. Con un cinturón dotado de varios discos. Las manos enguantadas.

En el silencio de la noche sonó audible la voz de Brooke Pickens.

—¿Quién eres...? ¿De dónde sales...? ¡Responde o abrimos fuego!

El tripulante no respondió.

Uno de los discos del ancho cinturón se iluminó. Proyectando un rayo de luz que envolvió a Pickens y Gielgud.

Lo que ocurrió a continuación hizo flaquear las rodillas de Goldie a la vez que llevaba las manos a la garganta para impedir un delator grito de terror.

Brooke Pickens y Gilbert Gielgud se habían desplomado.

Sin un solo gemido de dolor.

Quedaron inertes sobre la pista. Como aniquilados por aquel invisible rayo.

El tripulante descendió de la nave. No estaba solo. Otro individuo, igualmente con yelmo y traje plateado, asomó por la escotilla.

Se unió a su compañero.

Y entre los dos trasladaron a Brooke Pickens al interior del aparato.

Goldie contemplaba todo aquello con horrorizados ojos. Desde el ventanal de la habitación. Semioculta. Amparada en la penumbra.

Uno de los individuos volvió a salir del aparato.

Sólo uno.

No fijó su atención en Gilbert Gielgud, sino que continuó avanzando.

Hacia el bungalow.

El terror dominó por completo a Goldie.

Retrocedió, adentrándose en la habitación. Corrió enloquecida hacia la puerta. No podía quedarse allí. Tenía que escapar.

El bungalow forzosamente debía tener otra salida.

Fue hacia el salón-comedor. En busca de la cocina.

Convencida de que la puerta de servicio se encontraría en la cocina.

Goldie se detuvo bajo el umbral del salón.

Pudo oír los pasos.

Unas pisadas fuertes.

Ya estaba allí.

Penetrando en el living.

Goldie retrocedió retornando al salón. Con el rostro desencajado por el miedo. Con un frío sudor bañando cada centímetro de su piel.

Dudó.

Angustiada.

Si abría el amplio ventanal que conducía al jardín, se delataría. El ruido alertaría al individuo.

Goldie se ocultó tras los cortinajes que adornaban el salón.

Justo en el momento en que los pasos resonaban más cercanos.

Por entre la rendija de los cortinajes pudo presenciar la aparición del individuo. El yelmo de vidrio mate impedía ver su rostro.

El individuo avanzó hacia la mesa.

Su enguantada diestra atrapó la botella de whisky depositada sobre la mesa. Volvió a depositarla sobre la tabla para llevarse ambas manos al cuello. Manipuló en el cierre del yelmo.

Goldie, tras los cortinajes, se mordió con fuerza el labio inferior.

Conteniendo la respiración.

Su corazón latía con tal ritmo que temía fuera audible por el intruso.

Goldie desorbitó los ojos.

Se mordió aún más el labio inferior hasta hacerlo sangrar.

El individuo se había despojado del yelmo.

Goldie, en el paroxismo del horror, contempló aquel rostro.

Un rostro deforme. De facciones infrahumanas. Plagado de protuberancias. Llagado. Sin cejas ni párpados. Carente de labios. La boca era un orificio, un boquete palpitante…

Y de aquella nauseabunda boca brotó el sonido.

Gutural.

Una risa que estremeció aún más a la alucinada Goldie.

CAPITULO II

Mel Wilcox arqueó las cejas.

Contempló la cartulina perforada.

—¿Un trabajo de investigación, Gary? ¿Para mí?

Gary Salkow, del Departamento de Mando de Unidad Control Seguridad, asintió. Muy serio, aunque en sus ojos se delataba un destello burlón.

—Eso es, Mel.

—Pero... estoy bajo expediente disciplinario. Sólo trabajos burocráticos.

—Ordenes superiores, Mel. Debe tratarse de un caso importante. Algo vital para la seguridad de la nación. Un asunto que sólo tú puedes solucionar. De ahí que hayan decidido, pese al expediente, recurrir a tu valiosa colaboración.

La ironía de Gary Salkow ya era manifiesta.

Así lo entendió Wilcox.

—¿De qué se trata, Gary? ¿Descubrir quién quita los cigarros al jefe?

Salkow rió en sonora carcajada.

—Ahí tienes la ficha, muchacho. ¡Que te diviertas!

Gary Salkow se alejó.

Sin dejar de reír.

Mel Wilcox quedó tras la mesa escritorio. Con la mirada fija en la cartulina perforada, dado el color de la ficha, y por las siglas que figuraban en la parte superior izquierda, indicaba una acción inmediata.

Wilcox se incorporó.

Aquello no presagiaba nada bueno, pero siempre sería mejor que permanecer tras una mesa redactando y tramitando asuntos burocráticos.

Se encontraba en el edificio central de Unidad, Control Seguridad de Los Angeles. Un gigantesco bloque de cemento donde la U-CS-, junto con la sede de San Francisco, tendía sus tentáculos por toda California. Los diferentes departamentos y organismos policíacos y de seguridad dependían de U.C.S.

Mel Wilcox ocupó uno de los tubo-elevadores.

Descendió a la planta ocho. Desde allí, uno de los túneles de acceso le llevó al Anexo-3. Recorrió diferentes salas hasta llegar a las cabinas de investigación. Se introdujo en una de ellas.

La señalizada con las siglas indicadas en la cartulina.

La cabina era reducida. Una mesa-bloque dotada de computer y de reproductor de cinta magnética de video-audio. Sobre la tabla un panel de mandos.

Mel Wilcox pulsó uno de los botones.

Se abrió una placa del piso. De aquel recuadro se elevó un confortable sillón.

Wilcox tomó asiento en él.

Introdujo la cartulina en la computer accionando la palanca correspondiente. La pequeña pantalla del computer le fue suministrando los datos registrados en la perforadora.

El rostro de Mel Wilcox, a medida que iba leyendo, fue reflejando una significativa mueca.

Empezaba a comprender.

Le había sido encomendada una misión ridícula. Absurda. Un caso que cualquier vulgar patrullero hubiera cerrado con sólo chasquear los dedos; pero la orden era la de investigar.

Investigar aquella estúpida denuncia.

La pantalla del computer se eclipsó. Dando por finalizada la información y retornando la cartulina por la bandeja expulsora.

Mel Wilcox se reclinó en el asiento ahogando un suspiro.

Presionó un botón del panel.

—Cabina A3-14. Agente MW-071. Asunto codificado en Wh-LA-29836. Hagan pasar a la denunciante.

Wilcox llevó su diestra a uno de los bolsillos. Extrajo un paquete de tabaco encendiendo un cigarrillo. Estaba terminantemente prohibido fumar en las cabinas de investigación.

Mel Wilcox hacía caso omiso a muchas de las prohibiciones. De ahí su enésimo expediente disciplinario.

Se abrió la puerta de la cabina.

Dando paso a Goldie Brennan.

La aparición de la muchacha borró toda indiferencia en el rostro de Wilcox. No esperaba encontrarse con una belleza de aquel calibre.

Goldie, pese a la palidez de su rostro y las huellas de cansancio,

continuaba seductora. Incluso con aquel gabán gris que casi le llegaba a los tobillos.

Mel Wilcox pulsó el botón que hizo subir otro de los asientos. Frente a la mesa.

Sonrió.

—Buenos días, Goldie. Toma asiento.

La muchacha obedeció.

En sus negros ojos se acusaba un cierto temor.

—¿Te encuentras bien, Goldie? Tengo entendido que has deambulado toda la noche por las Wendy Hills.

Hasta ser recogida en la carretera. Ya casi de madrugada.

—Me encuentro bien. He sido atendida por un doctor en Wendy City.

—Perfecto, Goldie. Soy el agente Mel Wilcox, de U.C.S. Me ha sido encomendado el caso que, afortunadamente, vamos a solucionar muy pronto.

Un súbito brillo asomó a los ojos de la joven.

—¿Quiere decir...? ¿Han localizado ya el OVNI?

Wilcox succionó el cigarrillo.

Contemplando fijamente a Goldie.

Siempre ocurría igual. Las más bellas, eran las que tenían el cerebro vacío.

—No hay ningún OVNI, Goldie. Ni marcianos monstruosos. Todo ha sido una pesadilla. Una mala jugada de tu imaginación.

Goldie parpadeó.

—¿Creen... creen que estoy loca...?

—No, Goldie. Ocurre que...

—¡No estoy loca! ¡No estoy loca! —gritó la muchacha, incorporándose del sillón e inclinándose hacia Wilcox—. ¡Vi aterrizar la nave! ¡Se llevaron al señor Pickens! Uno de ellos... uno de los tripulantes... tenía el rostro deforme... ¡Era un monstruo! ¡Un monstruo que...!

Mel Wilcox no llegó a levantarse del todo.

Sólo lo suficiente para poder alargar la zurda y soltar un trallazo al rostro de Goldie.

La joven retrocedió cayendo de nuevo sobre el asiento. Enmudeció unos instantes para acto seguido romper en entrecortado sollozar.

—Tranquila, Goldie. Si quieres podemos empezar por el principio. He leído tu declaración a la policía de Wendy City. Puede que, en aquellos momentos, dada tu excitación y el pánico por una noche perdida por entre las montañas, te dejaras llevar por la fantasía. ¿Por qué no me cuentas lo ocurrido? Desde el principio.

Goldie asintió.

Con débil movimiento de cabeza.

Mel Wilcox accionó el funcionamiento del reproductor para grabar la voz de la muchacha.

Escuchó en silencio la narración. Sin interrumpir a Goldie ni una sola vez. Ni tan siquiera cuando empezó con la fabulosa aparición del OVNI.

—¿Eso es todo, Goldie?

—Sí… Salí del bungalow por la puerta trasera. Cuando el… el monstruo hubo abandonado la casa. Me adentré por el bosque… sin rumbo… corriendo enloquecida por el terror… A los pocos minutos me alarmó la luz en el cielo… era la nave que se alejaba a gran velocidad…

—Un aparato VTOL, ¿no? —ante el interrogante reflejado en el rostro de la joven, Wilcox añadió—: ¿De aterrizaje vertical?

—Si… descendió pausadamente… Sin ruido…

—Y uno de los marcianos se atizó un trago de whisky.

Los ojos de Goldie se nublaron.

Consciente del sarcasmo de su interlocutor.

—Ese monstruo bebió de la botella… No he afirmado que se trate de un marciano.

—¿En qué día estamos, Goldie? Día, mes y año.

—El… el siete de mayo de mil novecientos noventa y dos.

—Correcto. Faltan ocho años para el 2000. Nuestro planeta es una verdadera pocilga; sin embargo hemos gastado millones de millones de dólares en explorar el espacio. Ya no hay secretos. Al menos en nuestro Sistema Solar. No existen marcianos en Marte, ni habitantes en Venus, ni en Júpiter… No tenemos vecinos, Goldie. Es algo que no me sorprende. Cualquier ser inteligente se apartaría de los terrícolas.

—No eran humanos… eran monstruos que…

—¿Qué hacías en el bungalow de Brooke Pickens? —interrumpió Wilcox.

—Fui… el señor Pickens me invitó…

—Tengo algunas referencias del señor Pickens. Es un bastardo. Un perfecto hijo de mala madre.

Goldie parpadeó.

Perpleja.

Por primera vez pareció olvidarse de su angustia dedicando una inquisitiva mirada a Wilcox.

Un individuo joven. De unos treinta años de edad. Atlético. De rostro atractivo.

Resultaba sorprendente que un agente de Unidad Control Seguridad hablara así de Brooke Pickens. Este, dado el extraordinario poder de Mundocanal, estaba muy bien relacionado con los altos organismos estatales.

—Tú eres actriz —continuó Wilcox, dando la última chupada al cigarrillo—. Una actriz ambiciosa que quiere ascender por la vía rápida. Pickens es el gran jefe de Mundocanal. Al principio, al aceptar la invitación, estabas dispuesta a todo. Luego, al contacto con el viscoso Brooke Pickens, recapacitaste. Y saliste del bungalow como alma que lleva el diablo.

—No… No es cierto…

—Retira tu denuncia, Goldie. Te estás buscando complicaciones. A Pickens no le gusta cierto tipo de publicidad. Si continúas pregonando esa fantástica historia, los medios de comunicación se harán eco de ella.

Pickens puede reaccionar mal. Todas las puertas del espectáculo se cerrarán para ti, Goldie. Brooke Pickens puede hacerlo.

—¡Brooke Pickens ha muerto! —exclamó la muchacha—. ¡Y si no ha muerto está secuestrado por los tripulantes de esa nave!

Wilcox se reclinó en el asiento.

Con una mueca en el rostro.

—Oye, Goldie…, ¿qué pretendes? ¿Publicidad? Tu historia es falsa.

Goldie comenzó a mover la cabeza de un lado a otro.

Repetidamente.

—No… ¡Es cierto…! ¡Es cierto…! ¡Yo lo vi!

—De acuerdo, de acuerdo… Tranquila. Has sufrido una pesadilla. Originada por tu nocturno deambular por las Wendy Hills. Si te demuestro que todo fue producto de tu imaginación… ¿retirarás la

denuncia? Esa estúpida policía de Wendy City cometió el error de cursarla a U.C.S. Y aquí nada se puede archivar sin investigación o sin que se retire la…

—No pienso modificar mi declaración.

—Hay otra denuncia, Goldie. Formulada por Brooke Pickens. Esta mañana. Unas horas después de que fueras encontrada y conducida a Wendy City. El señor Pickens comunicó con la policía de Wendy City. Notificando que una tal Goldie Brennan había desaparecido de su bungalow de las Wendy Hills. Ordenó que se formara de inmediato un equipo de búsqueda; pero fue informado de que Goldie Brennan había sido hallada sana y salva y trasladada a Los Angeles.

Goldie sacudió la cabeza.

Incrédula.

—Eso no es… no es posible…

—Brooke Pickens se encuentra ya en Los Angeles.

De seguro en su trono de Mundocanal. ¿Qué te parece si vamos a visitarle?

—No… no puede ser… ¡Tiene que investigar lo ocurrido! ¡En el bungalow de las Wendy Hills…! Encontrará huellas del OVNI… ¡Y el cadáver de Gilbert Gielgud!

Mel Wilcox consultó el digital de su reloj de pulsera.

Aún era temprano.

Y hacía mucho tiempo que no respiraba el aire puro de las montañas.

—Okay, Goldie. En marcha. Vamos al bungalow de las Wendy Hills.

CAPITULO III

Los Angeles, San Francisco, Nueva York, Chicago, Dallas... Ciudades con un alto grado de contaminación que la ciencia ya nada podía hacer para combatirla. Alimentos naturales con elevado índice de adulteración. Ríos y lagos acusando el vertido de residuos industriales. Proliferación de centrales nucleares...

Mel Wilcox sintió como una opresión en el pecho.

Aquel aire de las montañas, limpio y puro, le estaba haciendo daño.

Ya estaba acostumbrado a la putrefacta atmósfera de Los Angeles.

—¿Por qué no almuerzan aquí? —sugirió Gilbert Gielgud—. Recibo muy pocas visitas. El señor Pickens utiliza el bungalow en contadas ocasiones. Hay comida buena y en abundancia. Puedo preparar...

—No, Gielgud. Gracias. Yo aceptaría de buen grado, pero Goldie... Ya ha visto cómo se ha puesto sólo con verle.

Mel Wilcox y Gilbert Gielgud se encontraban en la pista de aterrizaje cercana al bungalow.

Gielgud desvió los ojos hacia la casa.

Centrando la mirada en uno de los ventanales.

—No está ahora observando... Desde aquella ventana. La misma que utilizó en la noche de ayer. Aquélla fue su habitación.

—¿Qué ocurrió, Gielgud?

—¿No ha hablado con el señor Pickens?—preguntó Gilbert Gielgud, retomando su mirada al agente de U.C.S.

—No, pero estoy al tanto de su declaración denunciando la desaparición de Goldie Brennan.

Gielgud sonrió.

—El señor Pickens no supo tratar a la chica. La asustó. El señor Pickens es muy... vehemente. La muchacha parecía dispuesta, pero sin duda el señor Pickens la presionó o no supo hacerlo con el debido tacto. Lo cierto es que la chica escapó atemorizada encerrándose en la habitación. El señor Pickens, lejos de calmarla, procedió a maldecir y golpear la puerta. Atemorizando aún más a la muchacha.

—¿Y luego?

—El señor Pickens se retiró a su estudio. Muy irritado. Me ordenó que le buscara un par de films en la videoteca de su despacho y posteriormente que me retirara a dormir. Así lo hice. Ningún otro escándalo durante la noche. El señor Pickens ya parecía más calmado. Al día siguiente, mientras yo preparaba el desayuno, acudió a la habitación ocupada por Goldie Brennan. La puerta estaba abierta. Ni rastro de la muchacha. Había desaparecido. Al ver allí su ropa fue fácil deducir que había escapado durante la noche. Tras el acceso de ira que dominó al señor Pickens.

—Toda la noche en negligé...

—Afortunadamente en esta época del año no es muy baja la temperatura durante las noches —sonrió Gilbert Gielgud—. El señor Pickens comunicó de inmediato con la policía de Wendy City notificando la desaparición de la joven. Fue entonces cuando le informaron de la absurda historia narrada por Goldie Brennan,

—¿No ocurrió nada anormal ayer noche, Gielgud? Ningún fenómeno en el cielo que pueda haber hecho imaginar a Goldie...

—No. En absoluto. Era una noche magnífica. Yo acostumbro a permanecer largas horas en el jardín. Cuando estoy solo en el bungalow. Horas y horas contemplando las estrellas. Jamás he visto un OVNI. Es lo más ridículo que...

Gilbert Gielgud enmudeció al descubrir a la muchacha.

Goldie salía del bungalow.

Encaminando sus pasos hacia la pista de aterrizaje donde se encontraban los dos hombres.

—Mel... Regresemos a Los Angeles.

—Como quieras. Adiós, Gielgud.

—Buenos días, Wilcox. Adiós, señorita Brennan...

La muchacha fijó los ojos en Gilbert Gielgud.

Enfrentando sus miradas.

Y Goldie palideció.

Los ojos de Gielgud eran como ascuas encendidas. Llameantes. Unos ojos que parecían despedir un fuego azulado.

Goldie, sin articular palabra alguna de despedida, corrió hacia el helicóptero acomodándose en la cabina.

Mel Wilcox ya se había hecho cargo de los mandos.

Inició el despegue.

Sobrevolaron las Wendy Hills en silencio.

Mel Wilcox accionó el mando de conducción automática para poder dedicar toda su atención a la muchacha.

—¿Y bien, Goldie? ¿Ya más tranquila?

Los gordezuelos labios de Goldie acusaban un imperceptible temblor. Más patente en sus trémulas manos.

—¿Más tranquila...? ¡Oh, Dios...! ¡Es para volverse loca! Yo lo vi, Mel... Con mis propios ojos... Gilbert Gielgud abatido en el suelo...

—Fue una pesadilla, Goldie. Si quieres podemos ir a Mundocanal. Allí estará Brooke Pickens.

—No... no quiero verle...

Wilcox sonrió.

—¿Te das cuenta, pequeña? Todavía estás impresionada por tu altercado con ese bastardo.

—Te equivocas, Mel. No hubo tal altercado. ¿Qué te contó Gielgud?

—Lo que yo imaginaba. Brooke Pickens no actuó con el debido tacto. Tú te encerraste en la habitación y luego...

—¡Miente, Mel...! ¡Eso es falso...! Dios mío... ¿No has encontrado nada? ¿Ninguna huella en la pista de aterrizaje?

Wilcox denegó con un movimiento de cabeza.

—Nada, Goldie. Tú misma me has visto manipular con el Contador-CS. Hubiera detectado de inmediato cualquier anomalía.

—No estoy loca, Mel... no lo estoy...

—Por supuesto que no —Wilcox rodeó protectoramente los hombros femeninos—. Debes pensar en la noche deambulando sin rumbo por las Wendy Hills. Sola. Aterrada... Yo mismo hubiera empezado a ver fantasmas por todos lados.

—Todo ocurrió antes de mi huida, Mel.

—No quieres razonar, ¿verdad, Goldie? Sigues convencida de que todo fue real.

—Sí.

—¿Y qué me dices de Brooke Pickens y Gilbert Gielgud? ¿Alguna explicación?... ¡Ah, sí!... Gilbert Gielgud? ¿Alguna explicación...? ¡Ah, sí...! Gilbert Gielgud, al caer desvanecido, sufrió la pérdida de memoria y no recuerda nada de lo ocurrido. En cuanto a Brooke Pickens... sólo le llevaron a dar un paseo en la nave. Luego, los marcianos, le dejaron en su lujoso despacho de Mundocanal,

Goldie quedó en silencio.

Pálida.

Con aquel visible temblor de sus manos.

Mel Wilcox volvió a hacerse cargo de la conducción manual del helicóptero.

—Deduzco que ahora retirarás la denuncia, ¿no es eso, Goldie?

La muchacha demoró unos instantes la respuesta.

Fijó sus nublados ojos en Wilcox.

—¿Qué ocurrirá si no la retiro?

—¡Oh, muchas cosas…! Y todas ellas desagradables, Goldie. De seguro actuará Pickens. Tratando de impedir que la investigación prosiga y…

—¿La investigación? —interrumpió la joven—, ¿Quieres decir…?

—Hasta que no retires la denuncia debo seguir la investigación y culminar el caso.

—No la retiro, Mel —dijo Goldie, con firme voz—. No fue una pesadilla. Todo fue real. Ellos… ellos…

—Los marcianos.

—No te burles de mí, Mel…

—¡Maldita sea! ¿Qué diablos debo hacer? ¿Qué crees que voy a investigar? ¡Nada! ¡Nada hay que investigar, Goldie!

La voz de la muchacha se hizo tenue.

Un susurro apenas audible.

—Te equivocas, Mel… Gilbert Gielgud es uno de ellos.

Wilcox bizqueó.

Con los ojos fijos en Goldie.

—¿Qué dices?

—Si, Mel… Ellos… los extraterrestres… han transformado a Gilbert Gielgud en uno de ellos. Y otro tanto habrán hecho con Brooke Pickens.

CAPITULO IV

Mel Wilcox rebuscó por entre las botellas del mueble-bar.

Se sirvió un whisky con hielo.

Con el vaso en la diestra se acomodó en el semicircular sofá que adornaba el salón.

—¡Tienes un bonito apartamento, Goldie! ¿Vives sola?

—¡Lo comparto con una amiga! —respondió la joven desde el dormitorio—, ¡Ahora está ausente de Los Angeles!

Wilcox consultó el digital.

Había disfrutado de un bello día.

Excursión en un helicóptero de U.C.S. a las Wendy Hills, retorno a Los Angeles, almuerzo en The Cave...

Todo maravilloso.

A excepción del comportamiento de Goldie.

No lograba hacerla cambiar de opinión. Continuaba fiel a aquella ridícula absurda historia del OVNI.

La muchacha apareció en el salón.

Y Mel Wilcox agrandó los ojos como platos. Contemplando con admiración a la joven.

Goldie lucía un seductor vestido de satén con encajes en la cintura y escote. Aberturas laterales que mostraban con generosidad los esbeltos muslos.

—Aquí tienes —la muchacha arrojó el gabán gris—. Pertenece a la policía local de Wendy City.

—¿Piensas salir, Goldie? Creí que habías decidido quedarte a descansar.

—He cambiado de parecer. Voy a Mundocanal. Hoy se emite Debate Internacional. Un programa presentado en directo por Brooke Pickens.

—Puedes verlo desde aquí, Goldie. Dispones de un magnífico televisor de pantalla tridimensional.

—Quiero enfrentarme a Brooke Pickens. Contemplar el color de sus ojos.

Wilcox suspiró.

Con una significativa mueca reflejada en el rostro.

—Tienes una imaginación calenturienta, nena.

—Sigues sin creerme, ¿verdad, Mel?

—Por supuesto. Incluso pienso omitir de mi informe ese absurdo. Por tu bien, Goldie. Me resultas simpática. No quiero que te encierren en un centro psiquiátrico?

—Gilbert Gielgud es uno de ellos, Mel. Lo han transformado en uno de ellos. Sus ojos… ese brillo infrahumano… ese destello índigo… el mismo azul que despedía la nave en el cielo.

—Permanecí hablando con Gielgud largos minutos, Goldie. Y tiene los ojos oscuros.

—Fue al despedirme, Mel. Me miró fijamente. Y entonces surgió aquel destello. Fue… fue como una amenaza.

Wilcox se incorporó del sofá.

Aproximándose a la muchacha.

—¿Quieres un buen consejo, Goldie? Quédate en casita. Y descansa. Lo necesitas. Te has mantenido todo el día a base de estimulantes. Eso hace que…

—Sigue investigando, Mel. No modificaré mi declaración.

—¡Nada hay que investigar, maldita sea! Cuando presente mi informe, el departamento de enjuiciamiento declarará nula tu denuncia y serás tú quien pase a ser investigada. ¿Crees acaso que van a dar crédito a tus palabras? ¡Un OVNI que aniquila a Gilbert Gielgud y secuestra a Brooke Pickens… ¡Y luego encontramos a un Gielgud pletórico de salud y a Pickens al frente de Mundocanal!

—Han sido…

—¡Oh, sí! —interrumpió Wilcox, con sarcasmo—. ¡Eso es lo más divertido! Pickens y Gielgud han sido transformados en marcianos.

Los ojos de Goldie se nublaron.

Inclinó la cabeza.

Conteniendo con dificultad las lágrimas que pugnaban por asomar a sus ojos.

Mel Wilcox la atrapó por los hombros. El dedo índice de su diestra obligó a alzar la barbilla femenina.

—Goldie… ¿por qué no sigues mi consejo? Necesitas descanso. Puede que mañana todo lo…

—Voy a Mundocanal, Mel. ¿Me acompañas?

El agente de U.C.S. entornó los ojos.

Tentado de abofetear a la obstinada muchacha.

—¡Sí, maldita sea…! ¡Te acompaño!

Abandonaron el apartamento.

Un auto de Unidad Control Seguridad permanecía frente al edificio. Un potente «Castle» de carrocería blindada.

Se acomodaron en el vehículo.

—¿Sabes una cosa, Goldie? —dijo Wilcox, iniciando la marcha—. El programa de Debate Internacional me produce náuseas. Es más bien una campaña de publicidad USA a gran escala. Dedicado a las colonias de Europa, Africa y demás.

La joven sonrió.

—Eres desconcertante, Mel.

—¿Yo…? ¿Desconcertante yo? ¡Eso tiene gracia! ¡Máxime en labios de la juiciosa Goldie Brennan!

—Eres un agente de U.C.S. Se supone que estás conforme con la política USA. No tenemos colonias en Europa ni…

—¿De veras? Eres una ingenua, nena. El tío Sam extiende sus tentáculos por todo el mundo. En sempiterna competencia con papá Vodka. Los dos grandes se están repartiendo solapadamente el gran pastel. Con la constante amenaza del cataclismo nuclear, dominado por el terror a las restantes potencias. Provocan una guerra en determinado país y luego intervienen como protectores.

—Lo dicho, Mel. Eres desconcertante.

Wilcox comenzó a maldecir.

El tráfico era intenso. Incluso en aquella zona de circulación restringida. Alucinantes riadas de vehículos bloqueaban las calles. Los sistemas anticontaminantes emplazados en diferentes puntos de la ciudad resultaban prácticamente nulos.

—¿De qué trata hoy el Debate Internacional? —preguntó Wilcox —. La última semana creo recordar que glorificaba las maravillas de un alimento artificial USA que era rechazado por los europeos.

—El Hidropox.

—Sí, eso es… Un alimento hidropónico fabricado por toneladas en los EE.UU. Exportado a todo el mundo como alimento revolucionario. Rico en proteínas y barato. Con la garantía made in USA. Olvidaron mencionar que el alimento fue cultivado en aguas contaminadas. Y los muertos por intoxicación se contaron por miles.

—Eso no es cierto, Mel. En Debate Internacional quedó demostrado que la masiva intoxicación no fue motivada por el Hidropox.

Wilcox sonrió.
Con sarcasmo.
—Por supuesto, Goldie, por supuesto... Allí estaba Brooke Pickens y su manipulado programa para demostrarlo. ¿De qué nos hablará hoy?
—Armamento portátil nuclear.
—Maravilloso.
Mundocanal era como una ciudad aparte enclavada en Los Angeles. Ocupaba toda la zona de Bellamy Fiat. Al oeste de la ciudad. Una amplia extensión de terreno ocupada por un gigantesco bloque de edificios que se comunicaban entre sí por túneles aéreos y accesos subterráneos. Con infinidad de tubo-elevadores interiores y exteriores, plataformas deslizantes y minitransportadores que agilizaban la circulación de los visitantes y funcionarios de Mundocanal.
Uno de los múltiples carriles de conducción automática se hizo cargo del Castle emplazándolo en una de las plantas de estacionamiento.
—Tú eres el guía, Goldie.
La muchacha asintió.
Con forzada sonrisa.
—Llevo algún tiempo en Mundocanal, pero desconozco aún gran parte de este gigantesco laberinto. Sí sé conducirte hasta el estudio de Debate Internacional. Ya debe haber comenzado la emisión.
La sala donde se realizaba en directo el Debate Internacional era espaciosa. De techo alabeado. Como una enorme carpa. Con capacidad para varios miles de espectadores cómodamente sentados.
En la tribuna la mesa presidencial organizadora del programa. Y varios televisores murales de pantalla tridimensional para la intervención directa y simultánea de las emisiones de Mundocanal en diferentes partes del planeta.-
Efectivamente el programa ya había comenzado.
Mel Wilcox, merced a su credencial de agente de Unidad Control Seguridad, tuvo acceso a una de las secciones especiales del estudio.
Ocupó asiento en compañía de Goldie.
Brooke Pickens estaba en el uso de la palabra.
Comentando las imágenes que aparecían en un monitor mural.
«La gran cloaca» era el título del programa.

Y las imágenes en pantalla sobrecogedoras. En vertiginosa sucesión. De impacto en impacto. Sin dar tiempo a reponerse. En veloz recorrido por la geografía terrestre. Modernas y lujosas ciudades envueltas en negruzca capa de humo, ríos emponzoñados donde los peces asomaban sobre la superficie putrefactos, valles asolados, los alucinantes efectos de cementerios nucleares en océanos, especies animales extinguidas…

Después de aquella pavorosa sucesión de imágenes, comenzó la arenga de Brooke Pickens.

Sí.

Fue una arenga.

Un ataque frontal y directo a los organismos estatales que habían hecho posible aquella lamentable situación ecológica, a la pasividad manifiesta en la lucha contra la contaminación llegando ya a extremos irreversibles, indiferencia e incluso complicidad en fraudes alimenticios a gran escala…

La emisora de Mundocanal en Europa intervino corroborando las palabras de Brooke Pickens.

Con más datos.

Con más estremecedoras imágenes.

Centró su atención en el pueblo de Pinter. A los tres años de la tragedia. Cuando un virus en fase de experimentación escapó del laboratorio atómico próximo a la localidad.

Ningún habitante de Pinter consiguió salir indemne. Cientos de ellos murieron. Los restantes, hombres, mujeres y niños, paralizados de por vida. Convertidos en guiñapos humanos.

Pinter continuaba en la actualidad siendo una ciudad en cuarentena. Habitada por seres condenados a sillas de ruedas o a una inmovilidad casi total. El laboratorio atómico fue clausurado, pero ya demasiado tarde. Las protestas a su instalación no fueron escuchadas en su momento.

Sí.

Ahora ya era demasiado tarde.

Allí estaban las consecuencias.

Pinter, un pueblo aislado en el corazón de Europa, iba languideciendo poco a poco. Y sus habitantes con la única esperanza de la llegada de la muerte liberadora.

Brooke Pickens volvió a hacer uso de la palabra.

Y atacó la proliferación de los denominados Campos de Investigación Nuclear que sistemáticamente se iban instalando en EE.UU. Mostró imágenes inéditas del accidente en el Campo Investigación Nuclear de Willisvile, Nevada. Acontecido hacía ya cinco años. La horrenda explosión en el Campo. Sus alucinantes efectos entre los científicos y empleados de mantenimiento.Todos ellos afectados por un desconocido tipo de radiación.

Todos ellos, los que lograron sobrevivir, convertidos en monstruos.

En la sala de audición, donde miles de espectadores presenciaban el programa en directo, se elevó un fuerte clamor de horror, asombro y repulsión.

En la pantalla monitor se entrevistaba al doctor Saúl Wanamaker. El omnisapiente científico director del destruido Campo Investigación Nuclear de Willisville.

Un hombre sin rostro. Convertido en deforme masa purulenta. Sin cejas ni párpados. Carente de nariz. Sólo dos orificios nasales en aquel monstruoso rostro. La boca un boquete sin labios.

—Goldie... ¿qué te ocurre? —inquirió Wilcox—. ¿Te encuentras bien?

El rostro de la muchacha había adquirido una cadavérica palidez. Con ambas manos aferraba el brazo derecho de Wilcox. Moviendo los labios. Incapaz de articular palabra. Temblando en el asiento. Con los ojos desorbitados.

Logró murmurar unas torpes palabras.

Con ahogada voz.

—Es... es uno de ellos...

—¿Quién? —parpadeó Mel Wilcox—, ¿De quién hablas?

—El... el doctor Wanamaker... es uno de los tripulantes de la nave...

* * *

Mel Wilcox arrojó el cigarrillo ante la aparición del médico.

—¿Cómo se encuentra?

El doctor sonrió.

—Perfectamente. Un simple desvanecimiento. Estará con usted de

un momento a otro. En los diferentes, puestos de asistencia médica de Mundocanal hemos atendido a más de trescientas personas. Todas ellas con síntomas de shock. Impresionadas por el… espectáculo que nos ha ofrecido el señor Pickens.

—No ha sido muy agradable.

El rostro del doctor se ensombreció.

—Y sorprendente. No estaba programada semejante emisión. Todo lo contrario. El debate iba a ser sobre la utilización de armamento ligero nuclear. Brooke Pickens defendería la implantación de ese armamento en los ejércitos aliados a USA. No comprendo su ataque de hoy. No comprendo absolutamente nada. Y esas últimas palabras… Una clara y contundente invitación a la violencia. El pueblo debe luchar contra los que emponzoñan el planeta. Debe arrasar toda industria perniciosa, toda central nuclear, todo hecho contaminante de la atmósfera…

—Sí, eso dijo.

—No lo comprendo… no lo comprendo…

El individuo se alejó sin dejar de mover la cabeza de un lado a otro.

Mel Wilcox continuó en la sala de espera. Espaciosa. No estaba solo. Hombres y mujeres deambulaban por la sala. En espera de la salida de un familiar o amigo. Ciertamente el show de Brooke Pickens había originado un gran impacto.

Encendió un nuevo cigarrillo.

Impaciente por la tardanza de Goldie, se encaminó hacia la puerta de acceso al ambulatorio. Le fue cerrado el paso por uno de los enfermeros que controlaban la entrada.

Wilcox mostró su credencial.

—Soy agente de U.C.S. He acompañado a una muchacha que sufrió un desmayo en el Estudio D.I. Su nombre es Goldie Brennan. El doctor me acaba de informar que se encuentra en perfectas condiciones; sin embargo aún no…

—Disculpe. Me interesaré por su caso. Espere aquí, por favor.

El enfermero se adentró en el ambulatorio.

Recorrió varias dependencias hasta introducirse en una de Las habitaciones.

Allí estaba Goldie.

Sobre el lecho.

No estaba sola. Un hombre y una mujer, con uniforme de sanitarios de Mundocanal, manipulaban en un extraño aparato portátil.

—¿Os falta mucho? —preguntó el enfermero recién llegado—. El agente de U.C.S. se impacienta.

—Ahora mismo saldrá —respondió la mujer, pulsando una palanca del aparato electrónico—. Ve a tranquilizarle.

El enfermero abandonó la estancia.

Goldie, sobre el lecho, tenía las muñecas atadas con correas a los travesaños de la cama.

Con una mordaza en la boca.

Los dos sanitarios aproximaron el aparato electrónico. Unos delgados filamentos fueron adaptados a la cabeza de Goldie.

El hombre pulsó un botón rojo del aparato.

Se iluminó una diminuta pantalla del extraño artefacto. Y se escuchó el roce de las puntas de grafito sobre las bandas magnéticas del aparato.

El cuerpo de Goldie comenzó a sacudirse.

Víctima de espasmos.

De fuertes convulsiones.

Con el rostro desencajado por el terror.

Contempló cómo el hombre y la mujer se inclinaban sobre ella.

Y el horror se incrementó en Goldie.

La mujer le sonreía. Con ojos muy brillantes. Con un satánico destello azul. También los ojos del hombre habían adquirido un siniestro fulgor índigo. Unos ojos infrahumanos que observaban con iridiscentes pupilas el epiléptico agitar de Goldie Brennan.

CAPITULO V

Los gordezuelos labios de Goldie succionaron el cigarrillo.

Exhaló una bocanada.

En el rostro de la muchacha se reflejó una amplia sonrisa.

—Me he comportado como una estúpida... Lo lamento, Mel.

—No has sido la única, Goldie. Todos los dispensarios de Mundocanal a rebosar. Cientos de desmayos tras el programa Debate Internacional.

—Fue... fue impresionante.

—Te perdiste el llamamiento final de Brooke Pickens. Combatir, incluso con métodos violentos, todo intento de instalación de...

—Olvidemos eso, Mel.

Wilcox entornó los ojos.

Posó fugazmente su mirada en Goldie para luego volver a centrar su atención en el intenso tráfico de la ciudad.

—¿Olvidar? ¿Ahora precisamente? No, Goldie... Ocurren cosas extrañas. Por supuesto sigo sin creer tu fantástica historia del OVNI, pero sí me intriga ese brusco y radical cambio experimentado en Brooke Pickens. Siempre fue un individuo fiel al sistema. ¿Qué puede haberle ocurrido?

—Un simple ramalazo de notoriedad. El señor Pickens es así.

—Cierto, pero no hasta semejante extremo. El poder de captación de Mundicanal es extraordinario. El efecto causado por el programa de hoy pronto se dejará sentir en todo el mundo. En cuanto al doctor Wanamaker...

—No quiero recordarlo.

—Escucha, Goldie... Durante todo el día de hoy he soportado pacientemente tu historia. Tratando una y otra vez de convencerte de tu absurdo. Sin que tú cedieras en lo más mínimo. Recuerdo tu descripción del marciano que se ventiló el whisky. Rostro deforme, purulento, sin cejas, con un orificio por boca... Encaja con el mutilado rostro del doctor Wanamaker. Con el de todos esos infelices que sobrevivieron a la tragedia del Campo Investigación Nuclear de Willisville. Tú misma lo has dicho. Afirmaste que el doctor Wanamaker era uno de los tripulantes de la nave.

Goldie esbozó una sonrisa.

—¿Y lo has creído, Mel?

—Bueno, yo…

—Voy a retirar la denuncia —dijo Goldie—. Ya no debes investigar más.

—¿Por qué, Goldie? ¿Por qué la retiras?

—¡Oh, Mel! ¿Tú me lo preguntas? ¡Has tratado de convencerme de ello durante todo el día!

—Correcto, Goldie. Y sin éxito. ¿Por qué ahora decides retirarla?

—Esta madrugada, cuando fui tratada por el doctor de Wendy City, no acepté el tomar el tranquilizante. Todo lo contrario. Quería mantenerme despejada tras la noche de angustia vivida. Me suministraron unos estimulantes. Ahora ya ha pasado el efecto de ellos. Mientras me reponía del desvanecimiento, he estado pensando. El OVNI, Pickens, Gielgud… y ahora el doctor Wanamaker. Mi imaginación iba en aumento. ¿Hasta dónde? ¿Hacia la locura? No, Mel. No quiero seguir por ese camino. Quiero terminar con la pesadilla.

—¿Pesadilla? ¿Ahora es pesadilla? ¡Aseguraste que todo fue real!

—Y así me lo pareció, pero ahí están Brooke Pickens y Gilbert Gielgud para desmentirlo. Quiero descansar, Mel. Olvidarlo todo… y retirar la denuncia.

—Está bien. Como quieras.

Goldie depositó el cigarrillo en el cenicero expulsor del auto.

Posó sus negros ojos en Wilcox.

—¿Qué te ocurre a ti, Mel? No pareces muy satisfecho por mi decisión. Una decisión que te has esforzado en inculcarme durante todo el día.

—Sí, pero… No sé… Encuentro demasiado repentino tu cambio de parecer.

—Soy mujer, Mel —sonrió la muchacha—. Y como toda mujer, muy voluble. ¿Por qué no me ayudas a olvidar?

La voz de Goldie se hizo marcadamente sensual.

Wilcox correspondió a la sonrisa.

—Bien… Daremos por finalizado el caso del OVNI de las Wendy Hills. ¿Lo celebramos con una cena?

—Magnifica idea.

—Podemos ir al Mercury. Es un restaurante de confianza. Todavía no ha sufrido ningún caso de intoxicación entre sus

comensales.

Goldie rió divertida.

—Conozco uno mejor. Un lugar muy romántico. Lejos de este infernal tráfico. El «Burning Cráter». Un restaurante-motel cercano a la autopista de San Bernardino. Antes de llegar podemos contemplar el atardecer desde los acantilados.

—No conozco el...

—Yo te guiaré, Mel. Ahora enfila hacia Monterey Park.

Wilcox obedeció.

Contagiado por el entusiasmo de la muchacha.

Fue tal su euforia que, faltando a las ordenanzas, hizo funcionar la sirena de alarma del auto. Una medida que sólo se podía adoptar en contadas ocasiones. Cuando el Castle hubo burlado el tráfico, acalló la sirena.

La circulación era ya más fluida.

Recorrieron un tramo de la autopista de San Bernardino.

—Ahora a la izquierda, Mel. Por aquella comarcal.

Wilcox giró el volante.

El sol ya empezaba a declinar.

El camino serpenteaba por un bosque. Un bosque de árboles y vegetación ajada. Acusando la dominante contaminación que envolvía a Los Angeles. Incluso aquella colina alejada del casco urbano había sido atacada por la nociva atmósfera reinante en la ciudad.

El auto alcanzó la cima.

—Allí, Mel... Aquella explanada.

Wilcox detuvo el vehículo a unas veinte yardas del acantilado.

Ciertamente se presenciaba un bonito atardecer.

Se ladeó hacia Goldie.

—Un bello lugar, Goldie. ¿Es aquí donde haces tus conquistas?

—Sí, Mel..., y nadie se me resiste...

La muchacha tendió sus brazos hacia Wilcox. Abarcándole por el cuello. Entreabriendo los labios.

Mel Wilcox los cerró con un beso.

Volcándose sobre la joven.

Posó su zurda sobre los pechos femeninos. Sin dejar de besar los labios de Goldie. Mordisqueándolos. Deslizó la mano izquierda. Acariciadora. Hacia la cintura. Hacia los muslos.

—Mel…

La voz de Goldie podía ser una súplica o un rechazo.

Wilcox optó por lo primero.

De ahí que prosiguiera en sus besos. En los labios, cuello, en el nacimiento de los erectos senos… Introdujo la zurda por la abertura del vestido.

—No, Mel… Aquí no…

Goldie unió la acción a la palabra.

Descendió del vehículo.

Jadeante.

Mel Wilcox, aunque contrariado, la imitó.

—Eh, Goldie… ¿No hace un poco de frío?

La muchacha sonrió.

—Eres poco romántico. ¿Por qué no contemplas este maravilloso atardecer?

—¿Dónde está el motel, Goldie? Apuesto que desde la cabaña del motel también se contempla el atardecer.

La sonrisa de Goldie se tornó en cantarina carcajada.

—Eres un cínico… De acuerdo. Te llevaré al motel. Está aquí cerca. Déjame conducir a mí.

Antes de que Wilcox diera su conformidad, la muchacha se situó frente al volante del Castle.

Mel Wilcox ocupó el asiento contiguo.

Goldie accionó la puesta en marcha.

Dirigió una extraña sonrisa a Wilcox.

—He vuelto a cambiar de opinión, Mel. No vamos al hotel. ¡Vayamos juntos al infierno!

Goldie presionó a fondo el acelerador.

El motor rugió.

En veloz carrera hacia el precipicio.

CAPITULO VI

Por la bandeja expulsora del computer asomó una circular ficha de color rojizo. Con unas siglas en el centro.

Mel Wilcox permaneció unos, instantes inmóvil.

Con la mirada fija en aquella ficha.

Lentamente se incorporó abandonando la cabina de investigación. Sin salir del Anexo encaminó sus pasos hacia las dependencias de directivos. Se situó frente al túnel de acceso al despacho de su jefe de Sección.

Introdujo la credencial en la caja de identificación.

A los pocos segundos le fue retomada mientras que se abría automáticamente una puerta de guillotina.

Recorrió el corto pasillo que conducía al despacho.

Allí estaba Hal Squire, su jefe inmediato. Tras la mesa de trabajo. Ni tan siquiera se molestó en alzar ¡a mirada de un reproductor de cinta magnética de video-audio.

—¿Qué quiere, Wilcox?

Mel Wilcox se había aproximado hasta la mesa.

Arrojó la ficha de color rojo sobre la tabla.

—No estoy conforme con la suspensión, señor. Quiero seguir investigando en el caso WH-LA-3936.

Hal Squire sí alzó ahora la mirada.

Contemplando fijamente a Wilcox.

Con un cierto estupor.

—¿No está conforme...? Le diré algo, Wilcox. Cuando me llegó el informe de lo ocurrido, solicité de inmediato su total aislamiento de Unidad Control Seguridad. El trámite urgente de su expulsión. Se está estudiando mi propuesta. Y mientras tanto es usted apartado de toda actividad. ¿Investigar el caso WH-LA-3936...? Muy gracioso, Wilcox. Es usted quien está ahora bajo investigación por el Comité Especial de U.C.S.

Mel Wilcox apretó con fuerza las mandíbulas.

—Nada pude hacer por impedir la muerte de Goldie Brennan, señor. Sólo me fue posible saltar del vehículo. Cuando ya se precipitaba al abismo. Escapé milagrosamente. Todo fue muy

rápido. La distancia al acantilado era mínima. Goldie Brennan accionó el acelerador al máximo. Todo eso debe haber quedado registrado en la «caja negra» del Castle.

—Es usted un irresponsable, Wilcox. Un perfecto inútil. Se le encomendó el caso WH-LA-3936 como castigo. Convencidos de que se trataba de la histeria de una jovencita. Y usted, en su informe, deja entrever la existencia de una maquinación extraterrestre.

—Me he limitado a narrar la hipótesis de Goldie Brennan.

—Esa pobre muchacha estaba trastornada. El doctor que la atendió en Wendy City debió someterla a un reconocimiento más profundo. Y usted no debió fomentar esa calenturienta imaginación en Goldie Brennan.

—Yo no…

—¡Si, maldita sea! —interrumpió Hal Squire, secamente—, Tomó un helicóptero y la trasladó nuevamente a las Wendy Hills. ¿Por qué, Wilcox? ¿Acaso esperaba encontrar huellas de ese supuesto OVNI? Ese viaje no hizo más que incrementar los recuerdos en Goldie Brennan. Su noche de angustia por las montañas.

—Goldie Brennan estaba convencida de que todo fue real. De ahí que la llevara a las Wendy Hills.

—¿Qué hacía en los acantilados de Burning Cráter?

—Teníamos proyectado cenar en el motel.

Hal Squiere se reclinó en el sillón.

Empequeñeció los ojos.

Sin apartar la mirada de Wilcox.

—Al solicitar su expulsión de U.C.S. he redactado un amplio dossier. Detallando rasgos de su personalidad. Olvidé computar algo. Es usted un cerdo, Wilcox.

—Goldie Brennan me acompañaba voluntariamente, señor. Había decidido retirar la denuncia y reconocer que todo fue una mala jugada de su imaginación.

—El caso WH-LA-3936 está cerrado, Wilcox. Ahora se abre uno dedicado a usted. Dudo que pueda salir airoso de él. Individuos como usted no merecen ser agentes de U.C.S. Nos ha ocasionado muchos quebraderos de cabeza. Desde el mismo día de su ingreso.

—Lo sé, señor. Mi error ha sido el comportarme como un hombre, y no como un robot. Eso es lo que quiere U.C.S. Autómatas que cumplan las órdenes sin pensar en más. Sin decisión alguna.

Sin...

Hal Squire volvió a interrumpirle.

Con dura voz.

—La entrevista ha finalizado, Wilcox. Dedique el tiempo libre a buscar buenas disculpas que justifiquen su indisciplina.

—No necesito disculpas.

El rostro de Squire se permitió una sonrisa.

—¿De veras? En esta ocasión ha llegado demasiado lejos, Wilcox. Ha muerto una mujer. Por su negligencia. Por permitir que ocupara el volante de un Castle. Demasiado sabe que ningún vehículo de la Unidad Control Seguridad puede ser conducido por manos ajenas.

—Ya le he explicado...

—Retírese, Wilcox. Desde este momento su credencial de agente de U.C.S. es papel mojado. No se moleste en utilizarla. Todas sus prerrogativas han quedado canceladas.

Mel Wilcox no respondió.

Giró sobre sus talones abandonando la estancia.

Dedicando un mental recuerdo a la madre de Hal Squiere.

Uno de los tubo-elevadores del Anexo le condujo a la zona subterránea del edificio.

Se dirigió al parking.

Introdujo la credencial en la ranura de control de acceso. Y le fue rechazada. Sin que se franqueara el paso al parque móvil de U.C.S.

Mel Wilcox retiró la credencial.

Si.

Tal como había sentenciado Squire, ahora era papel mojado. Ya había sido computada al ordenador central para su rechazo en todas las terminales.

Una de las plataformas deslizantes peatonales condujo a Mel Wilcox fuera del gigantesco bloque de Unidad Control Seguridad.

Se adentró por Scott Road.

Caminando.

Hasta encontrar el primer establecimiento de bebidas abierto al público. Penetró en el local solicitando un whisky doble.

Aquélla iba a ser su cena.

Muy diferente a la proyectada con Goldie.

Mel Wilcox cerró momentáneamente los ojos.

«Vayamos juntos al infierno.»

Por la mente de Mel Wilcox pasó nítida la escena del acantilado. Goldie Brennan, con el rostro transfigurado, conduciendo el vehículo hacia el abismo. A gran velocidad.

Y Wilcox nada pudo hacer.

Cuando reaccionó, el auto ya iniciaba su trágico descenso. Sólo el tiempo de abrir la portezuela y saltar esquivando milagrosamente el mortal precipicio.

Goldie no tuvo esa suerte.

Había muerto.

Sí.

Estaba muerta...

Mel Wilcox abrió los ojos vaciando el vaso de un golpe.

¿Por qué?

¿Por qué tomó Goldie Brennan aquella trágica y absurda decisión? ¿Qué le había impulsado a ello?

Salió de Mundocanal extraña. Diferente. Variando por completo la firme postura mantenida durante el día. Con el propósito de retirar la denuncia y olvidar lo ocurrido en las Wendy Hills.

Burning Cráter.

El motel.

No fue elegido por Goldie al azar. Fue premeditado. Había planeado arrojarse al acantilado. Junto con Wilcox.

¿Por qué?

Mel Wilcox se mesó los cabellos.

Aturdido.

Sin encontrar respuesta lógica a sus interrogantes.

Aunque...

Las facciones de Wilcox se endurecieron. Una idea había acudido a su mente. Una idea absurda, pero talvez la única para descifrar aquel incomprensible enigma.

Salió del local.

Con aquella idea fija en su mente.

Retornar al punto de partida.

Volver a las Wendy Hills.

Aquella misma noche.

* * *

El auto propiedad de Mel Wilcox era un aerodinámico «Gladiator» de diseño en flecha. Un modelo turboflite con aletas traseras, alumbrado electroluminiscente y techo de vidrio térmico coloreado.

El vehículo circulaba a gran velocidad por la autopista.

Wendy City ya había quedado atrás.

Mel Wilcox aminoró la marcha al girar y tomar el camino de las Wendy Hills. Los faros del auto taladraron la oscuridad de la noche. Una oscuridad que pronto sería reemplazada por las primeras luces del alba.

Eran varios los caminos que serpenteaban por entre las rocosas Wendy Hills.

Y uno de ellos conducía al bungalow de Brooke Pickens.

Wilcox se salió de la carretera estacionando el auto bajo unos árboles cercanos a la cuneta.

Descendió del vehículo.

Del maletero extrajo un equipo de helicohete. Se lo ajustó a la espalda colocando las correas en cintura y hombros. En el ancho cinturón estaba el acelerador manual y el control de velocidad y dirección. El helicohete era accionado por propulsión a chorro, con un motor de peróxido de hidrógeno de doble tobera construido en equipo de fibra de vidrio.

Mel Wilcox, junto al cinturón, se acopló una pistola de doble fuego «Teang». El arma reglamentaria de los agentes de U.C.S. Con dos posiciones de disparo. Mortal e insensibilizador.

Wilcox puso en funcionamiento el helicohete.

Comenzó a elevarse por encima de los árboles.

En silencio.

Sin el menor ruido en el motor merced a los silenciadores especiales.

Mel Wilcox quería aproximarse al bungalow sin ser visto. Sin delatar su presencia. De ahí que renunciara al auto sustituyéndolo por el sofisticado equipo de helicohete.

Sobrevoló la zona.

En corto trayecto.

Pronto divisó el bungalow. Iluminado. Muy iluminado pese a lo avanzado de la noche. Próxima ya la llegada del crepúsculo.

Wilcox inició el descenso.

Tomó tierra entre unos arbustos.

Se abrió paso deslizándose amparado por la oscuridad de la noche y la espesa vegetación reinante.

La piscina sinuosa, el cuidado jardín del bungalow, la pista de tenis, la zona de aterrizaje...

Era allí.

En la pista de aterrizaje. Con las luces de posición iluminadas. Como si se esperara la llegada de un avión.

No era así.

La iluminación estaba destinada a facilitar el trabajo de los cuatro individuos. Cuatro hombres con traje plateado y cabeza protegida por yelmo de vidrio oscuro. Portaban una especie de taladro. Un artefacto que lanzaba un rayo capaz de desplazar las moléculas de la materia. Abriendo con facilidad surcos en la pista de aterrizaje.

Mel Wilcox parpadeó.

Estupefacto.

Descubrió a Gilbert Gielgud. También estaba en la pista. Junto a aquellos cuatro misteriosos individuos. Y era el propio Gielgud quien parecía dirigir los trabajos.

Wilcox quiso contemplar más de cerca todo aquello.

Bordeó el jardín aproximándose al bungalow. Avanzó pegado a la fachada trasera. Fue al llegar a la esquina.

Junto al inicio del porche.

Allí fue descubierto por el monstruoso individuo.

Un hombre también con traje plateado, pero sin el yelmo en la cabeza. Descubriendo sus horripilantes facciones. Su rostro llagado. Los ojos como esferas diminutas destacando llameantes al carecer de párpados. La deforme nariz aplastada y reducida a dos orificios. La boca nauseabunda...

Mel Wilcox no quiso ver más.

Aquella alucinante aparición era más que suficiente.

Giró como una exhalación emprendiendo veloz huida a la vez que forzaba el funcionamiento del helicohete.

Escuchó la voz.

Gutural.

—¡Alarma...! ¡Alarma...!

Gilbert Gielgud fue el primero en reaccionar. Se precipitó hacia el rifle depositado al alcance de su mano.

Apuntó cuidadosamente.

Un rifle de alta precisión, con mira telescópica e intensificador de luz automático para tiro nocturno.

Imposible fallar.

Accionó el gatillo.

Mel Wilcox, en su precipitación en la huida, no calculó bien la dirección del helicohete. Tuvo que rectificar para evitar el colisionar con las altas copas de uno de los árboles que surgió ante él como fantasmagórica sombra.

Inició un descenso.

Seguido de rápida ascensión.

En el momento en que Gilber Gielgud apretaba el disparador.

Wilcox se percató del impacto.

En el equipo de fibra de vidrio del helicohete. No llegó a destruirlo, pero sí alteró a alguno de los mecanismos internos. El aparato dejó de funcionar iniciando una rápida caída.

Afortunadamente desde poca altura.

Mel Wilcox flexionó las piernas antes de entrar en contacto con el terreno. Se protegió con ambos brazos la cabeza. Rodó unas yardas por el suelo, aunque se incorporó con rapidez.

Procedió a despojarse del helicohete.

Sin cesar de correr.

Ahora sólo podía contar con la velocidad de sus piernas. Arrojó el aparato que le restaba movilidad.

Empuñó la Twang.

Accionando la posición de disparo mortal.

Sonaron unas voces en el silencio de la noche.

A espaldas de Mel Wilcox.

Muy cercanas.

—¡Capturarle…! ¡No debe escapar…! ¡Hay que darle muerte…!

CAPITULO VII

Mel Wilcox corrió por el bosque como alma que lleva al diablo.

Tropezando, cayendo y volviendo a incorporarse con rapidez.

Su diestra continuaba empuñando la Twang. La pistola estaba dotada de disco reflector, pero no se atrevió a accionarlo por temor a que la luz le delatara. Prefería continuar su vertiginosa carrera por entre las sombras.

Se detuvo jadeante.

Ya no escuchaba las voces tras él.

Mel Wilcox controló con dificultad su entrecortado respirar. Temeroso también de que pudiera delatarle. Tenía el rostro bañado en sudor.

Goldie...

Sí.

Wilcox pensó en la infortunada muchacha. No había mentido. Allí estaban los monstruosos alienígenas. Y habían transformado a Gilbert Gielgud en uno de ellos. De seguro también a Brocke Pickens. Y sin duda dominaron la mente de Goldie Brennan obligándola a lanzarse al vacío.

Mel Wilcox reanudó su carrera.

Ya debía estar cerca del Gladiator.

La posibilidad de haberse extraviado y no dar con el vehículo le estremeció de angustia.

Una mueca se reflejó en el rostro de Wilcox.

Allí estaba el Gladiator.

Bajo los árboles.

Y también descubrió aquello.

En lo alto. Verticalmente al Gladiator. Una bola. Una esfera de reducido tamaño. De intermitente luminosidad. Oscilando en el aire. Realizando cortos movimientos en zigzag.

Mel Wilcox catalogó de inmediato el artefacto.

Un transmisor.

Un transmisor de imagen que estaba delatando su posición y la del vehículo.

Mel Wilcox extendió el brazo derecho. Sujetó la muñeca con la zurda. Su dedo índice presionó con suavidad el botón de disparo de

la «Twang».

Una sola vez.

La esfera de intermitente luz explosionó. Sin estruendo alguno. Reventó en cegadora sucesión de colores. Como un espectacular fuego de artificio.

Wilcox se precipitó al interior del Gladiator.

Maniobró en el volante para salir de la cuneta y enfilar por la carretera. A gran velocidad.

Sí iluminó los faros del auto.

De no hacerlo, corría el riesgo de caer por cualquiera de las pronunciadas pendientes existentes en la sinuosa carretera.

Mel Wilcox era un experto conductor. Cualidad requerida a todo agente de U.C.S.; pero en Wilcox se convertía en auténtico arte. Un dominio total del volante. Incluso a aquella vertiginosa velocidad.

Descendió por las Wendy Hills en suicida recorrido.

Fugazmente posaba sus ojos en los espejos indicadores y en el panel señalizador de vehículos próximos.

Alcanzó la autopista.

Dejando atrás los serpenteantes caminos de las Wendy Hills.

Y Mel Wilcox respiró con fuerza.

En la autopista se encontraba más seguro. No tardaría en cruzarse con otros vehículos. Y allí podía someter al Gladiator a la máxima velocidad de que era capaz.

También empezaba a rayar el día.

Estaba amaneciendo.

Wilcox situó el auto en el carril de máxima velocidad. Y no aminoró la marcha hasta los indicadores de proximidad a Wendy City.

Se adentró en la ciudad.

Calles semidesiertas.

Wendy City aún no había despertado de su breve letargo nocturno. Sus habitantes permanecían placenteramente en sus casas. Ajenos al peligro existente en las Wendy Hills.

Mel Wilcox frenó ante el edificio de U.C.S.

Descendió del auto precipitándose hacia la puerta de entrada. Allí fue recibido por los dos guardianes de turno.

—Mi nombre es Mel Wilcox —dijo, mostrando su credencial—. Agente de U.C.S. Debo hablar urgentemente con el oficial de

servicio. Es un asunto grave.

Uno de los guardianes utilizó el micro acoplado en su uniforme para comunicar con el interior.

Se franqueó la puerta de entrada.

Mel Wilcox penetró en el edificio guiado por uno de los uniformados agentes de seguridad. Fue conducido hasta el túnel de identificación. Introdujo en la ranura su credencial. El detector de armas encendió el piloto rojizo.

Wilcox entregó su «Twang» al encargado del túnel de identificación.

Y la credencia! fue rechazada.

—Estás fuera de servicio, Wilcox —dijo el funcionario de la centralita de identificación—. Apartado disciplinariamente de Unidad Control Seguridad. Sin derecho a utilizar y ampararte en la credencial.

—¡Maldita sea...! ¡Se trata de algo de vital importancia! ¡Tengo que hablar con el oficial de servicio!

—Has llegado hasta aquí por presentarte como agente de U.C.S. De saber que tu credencial estaba...

—¡Al diablo con eso! —cortó Wilcox, furioso—, ¡Me importa muy poco ser o no ser agente de Unidad Control Seguridad! Quiero hablar con el oficial de servicio para denunciar un grave suceso. Un caso AU.

El funcionario de la centralita sonrió.

Burlonamente.

—Un caso Alarma Uno... Magnífico. En Wendy City estamos algo aburridos. Sigue los cauces normales, Wilcox. Toda denuncia se registra en el computador de entrada. Has pasado por allí. No es necesario hablar con el oficial de servicio. Compórtate como un ciudadano más y...

Un teclear en la pantalla interrumpió al individuo.

Fijó sus ojos en el panel.

Desvió la mirada hacia Wilcox.

—El oficial de servicio, el teniente Dean Carney, se digna a recibirte. Sin duda ha seguido tus pasos por el circuito de televisión y está interesado por el caso AU. Adelante, Wilcox. Iré alertando a todas las fuerzas.

Mel Wilcox ignoró la ironía del individuo.

Recorrió el túnel que conducía al despacho.

El teniente Dean Carney le esperaba tras su mesa de trabajo. Un hombre de unos cuarenta años de edad. De ojos hundidos y semiocultos por caídos párpados. Cejas muy pobladas.

—Tome siento, Wilcox.

—No es momento para ello, señor —replicó Mel Wilcox, aproximándose a la mesa—. El asunto es muy grave. Ayer, más o menos a esta misma hora, Goldie Brennan presentó una denuncia. Aquí. En Wendy City. Afirmaba haber visto un OVNI en el bungalow de Brooke Pickens.

—Ah, sí… Lo recuerdo. No por lo ridículo y absurdo de esa denuncia. Estamos acostumbrados. Fue la intervención del señor Pickens en el caso lo que dio un cierto relieve.

—Goldie Brennan no mentía, teniente.

El rostro de Dean Carney no se alteró lo más mínimo.

—¿De veras?

—Vengo de las Wendy Hills. Del bungalow de Brooke Pickens.

—Comprendo. Y usted también ha visto el OVNI.

—Más que eso, señor. En la pista de aterrizaje del bungalow. Cuatro marcianos estaban abriendo surcos con pasmosa facilidad. Con un rayo que horadaba en la tierra como si fuera mantequilla. Me descubrieron, pero conseguí huir.

—Cuatro marcianos, ¿eh?

Wilcox sacudió la cabeza.

—No he querido decir… Al nombrar marcianos me refería a extraterrestres que… ¡Maldita sea, teniente! No podemos perder tiempo. Están allí. En las Wendy Hills. En el bungalow de Pickens. Gilbert Gielgud, el mayordomo de Pickens, es uno de ellos.

—Conozco a Gilbert. Lleva años en las Wendy Hills. Sólo en contadas ocasiones se deja ver por la ciudad. Le gusta la soledad. De ahí que me sorprenda que haya entablado amistad con los… marcianos.

—Oiga, teniente…, comprendo que mi historia le resulte ridícula. Lo mismo pensé yo de Goldie Brennan. Soy agente de U.C.S. Poco importa que ahora esté fuera de servicio por sanción. Le consta que para llegar a agente de Unidad Control Seguridad se requiere un severo examen físico y psíquico. No soy tipo que se deje embaucar e impresionar por los acontecimientos. Todo cuanto le he dicho es

cierto. Debe formar una patrulla y salir de inmediato hacia las Wendy Hills. Allí comprobará que todo es verdad. Puede que ellos se hayan marchado, pero en la pista de aterrizaje quedaron los hechos. Sospecho que tratan de construir un refugio subterráneo. Un lugar donde esconderse. ¡Tiene que creerme!

—Le creo, Wilcox. Le he hecho entrar en mi despacho, ¿no es cierto? Me interesaba que entrara y dejara de vociferar. Por supuesto que le creo…

Mel Wilcox parpadeó.

Los hundidos ojos de Dean Carney estaban adquiriendo un extraño brillo.

Un destello azulado.

El teniente Carney se había incorporado del sillón. Su diestra, hasta entonces oculta, apareció empuñando una «Twang».

Y disparó sobre Mel Wilcox.

* * *

Fue un salto acrobático.

Suicida.

Mel Wilcox percibió el fogonazo de la Twang al arrojarse sobre el teniente de la U.C.S. Aunque momentáneamente cegado, logró aferrar el brazo armado de Carney. Rodaron por el suelo. Con gran estruendo.

Dean Carney accionó nuevamente el gatillo.

Involuntariamente.

El cañón estaba presionado sobre su estómago. Una mueca de dolor y sorpresa desfiguró el rostro de Carney. Abrió desmesuradamente la boca. Y los ojos…

Wilcox contempló aquellos ojos.

Rutilantes. Como dos bolas de irradiante luz. Una luminosidad de un extraño color índigo. Un centelleo azul que paulatinamente se fue eclipsando hasta desaparecer por completo.

Sí.

Los desorbitados ojos de Dean Carney volvieron a la normalidad.

Ahora estaban velados por la fría mano de la muerte.

Mel Wilcox se incorporó a la vez que soltaba el brazo derecho de Carney. Permaneció unos instantes inmóvil. Contemplando el

cadáver.

Acababa de dar muerte a un teniente de Unidad Control Seguridad.

Nadie se había percatado del suceso. La detonación y la corta pelea quedó amortiguada por las aislantes paredes del despacho.

Wilcox, calmado ya su entrecortado respirar, giró sobre sus talones. Alisando la chaquetilla y mesando los cabellos.

Salió del despacho.

Al final del túnel fue recibido por la burlona sonrisa del encargado de la centralita.

—¿Qué ocurre, Wilcox? No recibo orden del teniente para cursar la Alarma Uno.

Mel Wilcox sonrió.

Forzadamente.

—Estaba en un error. Todos nos equivocamos alguna vez.

—Seguro —rió el individuo retornándole la «Twang»—. Buenos días, Wilcox. Tómate un descanso. Tienes muy mala cara.

Mel Wilcox asintió.

Sin pronunciar palabra.

Minutos más tarde se situaba al volante del Gladiator.

De nuevo circuló a gran velocidad por la autopista. Pronto la abandonaría para adentrarse por carreteras de segundo orden. También tenia que desprenderse del Gladiator. De seguro ya se había descubierto el cadáver de Dean Carney. Y cursado la orden de busca y captura de Mel Wilcox.

CAPITULO VIII

Christina Scott accionó el visor de la puerta antes de abrir. Justo en el momento en que el llamador volvía a sonar.

El bello rostro de Christina acusó una mueca de sorpresa al identificar a su visitante.

Sonrió franqueando la puerta.

—Creía estar soñando… ¿Eres tú, Mel? ¿El gran Mel Wilcox se digna a visitarme? ¡Y sin haberle solicitado audiencia!

Wilcox penetró en el apartamento.

Cerró tras de sí apoyándose sobre la hoja.

—Hola, Christina.

Un delicioso mohín se dibujó en la muchacha.

—¿Hola? ¡Eso es todo lo que se te ocurre después de tres o cuatro meses de ausencia? ¡Oh, Mel…!

Christina le echó los brazos al cuello.

Entreabrió los labios.

Uniéndolos a los de Wilcox.

—¿Te ocurre algo, Mel? —inquirió la joven, perpleja por la falta de entusiasmo en Wilcox. Aquello no era habitual en él—. Estás pálido…

—¿Pálido? ¡Más bien muerto…!

Mel Wilcox se adentró en el living room.

Fue hacia el mueble bar atrapando una botella de whisky. Se aplicó el gollete a los labios. Bebiendo largamente.

—Siempre tan fino y delicado —dijo Christina, irónica—. Nada has cambiado, Mel.

Wilcox, sin soltar la botella, se dejó caer en el sofá que adornaba la estancia. Cansinamente.

Posó sus ojos en Christina.

Christina Scott. Veintidós años de edad. Profesora de Literatura en la Video Universidad de Los Angeles. Inteligente y bella. Increíble, pero cierto.

—Tú sí has cambiado, Christina. Cada día más seductora.

—¿Qué quieres, Mel? Siempre que te dejas caer por aquí es para pedirme algo. La última vez para sonsacarme datos de un colega mío.

—Que resultó ser miembro de un grupo terrorista.

—¿Qué quieres, Mel?

Wilcox desvió la mirada hacia el telepress. Un equipo facsimilar transmisor que proporcionaba las últimas noticias. Al poco tiempo del suceso.

—¿Has conectado esta mañana el telepress? En su canal de noticias locales.

—Me he levantado temprano, Mel. Recién acabo de llegar de la Video Universidad. Ahora tengo el tiempo justo para almorzar, retirar unas fichas y reunirme de nuevo con los profesores. Hoy tenemos mucho trabajo. Estamos en época de video-control de alumnos. Por supuesto que no me he molestado en conectar el telepress. ¿Alguna noticia importante?

—Sólo para mí. Me busca la policía.

Christina sonrió.

—¿De veras? Te lo advertí, Mel. Tu grado creciente de indisciplina llegaría un día a crearte complicaciones. ¿Qué has hecho?

—He matado a un teniente de Unidad Control Seguridad.

La sonrisa desapareció bruscamente del rostro femenino.

Contempló estupefacta a Wilcox.

—¿Es… es una broma?

—Oh, sí… Todo es como una broma… Muy divertida. Te la contaré desde el principio, Christina. Todo empezó con Goldie Brennan. Una muchacha que ahora es cadáver. La historia parece iniciarse en las Wendy Hills. En el bungalow de…

Christina escuchó en silencio la narración.

Sin interrumpir a Wilcox.

Ni tan siquiera cuando le habló del OVNI y de sus monstruosos tripulantes.

—Y eso es todo, Christina. Todos los organismos de policía de California, supervisados por la U.C.S., están a la caza y captura de Mel Wilcox.

—Es… es… fantástico… todo cuanto me has contado es…

—Lo sé, Christina. Confío en ti. Por eso he acudido aquí. No tengo otro sitio donde ir. Necesito descansar un poco antes de decidir qué debo hacer. No te pido que me creas, pero sí que me proporciones momentáneo refugio en tu apartamento. Sólo unas

horas.

La joven asintió.

Con un instintivo movimiento de cabeza.

—Yo… yo sí te creo, Mel. Por irreal que resulte la historia. Te conozco. No eres un individuo fácil de impresionar. Todo lo contrario. Tu frialdad y cinismo me han irritado en más de una ocasión. ¿Quienes pueden ser, Mel?

—Lo ignoro.

—Brooke Pickens, el tal Gielgud, el teniente Carney… ¿Cómo se han adueñado de ellos?

Wilcox volvió a aplicarse el gollete de la botella a los labios.

Bebió largamente.

—Me gustaría poder responder a tus preguntas, Christina… No puedo… estoy… aturdido. Aturdido y acorralado. Imagina que me presento ante mis superiores de Unidad Control Seguridad. Y les digo que maté al teniente Carney en defensa propia. Que Dean Carney había sido transmutado en alienígena. En uno de los extraterrestres que veranean en las Wendy Hills. ¡Maldita sea…!

—Necesitas descansar, Mel… ¿Quieres que hable con el profesor Logan? Es el más importante exobiólogo de California.

—No. Christina. No quiero comprometerte más. Estás protegiendo a un asesino. En cuanto a! profesor Logan… La exobiología es la ciencia que estudia la posibilidad de vida en otros mundos. Ciertamente el profesor Logan es uno de los mejores en su campo. Y le consta que no hay vida en nuestro Sistema Solar. ¿De dónde proceden las naves de Wendy Hills? ¿De otra galaxia? No, Christina… Me tomarían por loco. También a ti por darme crédito. Mejor no hablar con nadie. Esperaré acontecimientos. Más tarde decidiré cómo actuar.

—De acuerdo, Mel. Procuraré regresar lo antes posible.

La muchacha se inclinó sobre Wilcox.

Besándole fugazmente en la boca.

Christina abandonó el living room.

Mel Wilcox aún quedó unos minutos en el sofá. Se incorporó cansinamente. Acusando la alucinante noche vivida. Desde la muerte de Goldie hasta su encuentro con el teniente Carney.

Sí.

Una noche de auténtica pesadilla.

Era algo más que cansancio físico.

La mente de Wilcox acusaba también todo aquello. Aturdida por aquel cúmulo de fantásticos acontecimientos. De preguntas sin respuesta.

Mel Wilcox posó sus ojos en el panel del miniprogramador. La salida de Christina había accionado automáticamente los sistemas de seguridad.

Podía descansar tranquilo.

Acudió al dormitorio.

Conocía el apartamento. No era la primera vez que lo visitaba. Y siempre para abusar de la generosidad de Christina. Una buena chica. Demasiado buena para Wilcox. De ahí que no fuera muy pródigo en visitar a la muchacha. No quería entrometerse en la vida de Christina.

Y sin embargo…

Allí estaba.

En el apartamento de Christina Scott. La única persona en quien podía confiar plenamente. La única entre los millones de habitantes de la infernal ciudad de Los Angeles.

Wilcox se dejó caer en el lecho.

Despojándose tan sólo de la chaquetilla y de la «Twang» que depositó sobre la mesa de noche. Tecleó en el mando-control del cabezal. Oscureciendo la habitación y haciendo deslizar los cortinajes de la ventana.

Cerró los ojos.

Vencido por el sueño y la fatiga.

Se durmió pensando en Christina.

En principio fue un pensamiento romántico. Paulatinamente se fue eclipsando. Reemplazado por una duda. Confiaba en Christina, pero… ¿y si la muchacha también había sido transformada en uno de ellos?

* * *

No fue un ruido.

Y sin embargo algo hizo despertar a Mel Wilcox. Respingó quedando sentado en el lecho. Bañado en sudor. Con el pulso acelerado. Parpadeó repetidamente tratando de vencer la oscuridad

reinante en la habitación.

Su diestra palpó en busca del panel del cabezal. Tecleó para iluminar la estancia.

El apartamento de Christina Scott estaba acondicionado con modernos muros de iluminación.

Y no funcionaron.

La estancia continuó en penumbra.

En una oscuridad que transformaba a los muebles en fantasmagóricas sombras.

Mel Wilcox quedó inmóvil.

Volvió a sentir aquella extraña sensación. La misma que sin duda le había hecho despertar sobresaltado. Algo.

Sí.

Había algo en la habitación.

Wilcox reaccionó saltando del lecho y acudiendo al ventanal. Tiró de los cortinajes. También deslizó la persiana manualmente.

La claridad del día inundó la habitación.

Mel Wilcox giró.

Allí estaba.

Bajo el umbral de entrada a la habitación.

El terror paralizó momentáneamente a Wilcox, aunque reaccionó precipitándose hacia la mesa de noche para apoderarse «de la Twang».

La aferró con ambas manos.

Encañonando al intruso.

—¡Quieto! ¡Quieto o disparo! —exclamó Wilcox, con voz insegura—. ¿Quién eres?

El individuo siguió bajo el umbral.

No era uno de aquellos monstruos de deforme rostro, pero su visión resultaba igualmente espeluznante.

Aterradora.

Tenía la cabeza rapada. Sobre las sienes y en la parte superior de la cabeza unos discos de rutilante destello. Del tamaño de una moneda. Tres discos incrustados en la rapada cabeza. Facciones correctas. A excepción de los ojos. No eran humanos. Habían sido extirpados. Y en las vacías cuencas se había acoplado dos diminutas esferas opalescentes. De aquellas esferas salían unos casi invisibles hilos. Unos filamentos que, pegados a la piel como nítidas venas, se

unían a los discos de las sienes. No eran los únicos. Varios filamentos venosos surcaban el rostro del individuo. Partiendo de los tres discos de la cabeza. Eran visibles en sus manos. Cada dedo serpenteado por uno de aquellos hilos de marcado color verdoso.

El individuo se cubría con una chaquetilla licrol, camisa y pantalón a juego. Un conjunto que podía ser adquirido en cualquier comercio de Los Angeles. Sólo destacaba de su vestimenta el cinturón. Un cinturón ancho y dotado de extrañas cartucheras. Luminosas. Con profusión de botones, diminutas palancas y láminas concéntricas.

El individuo avanzó hacia Wilcox.

Y su caminar fue como el de un autómata.

Al moverse, los filamentos que parecían serpentear por todo su cuerpo, incrementaron el tono verdoso. Especialmente en las manos. En cada uno de sus infrahumanos dedos.

Mel Wilcox reaccionó.

Horrorizado.

Convencido de estar frente a un androide.

Un autómata con forma humana.

—¡Quieto! ¡Un paso más y te vuelo la cabeza!

No fue obedecido.

Y Mel Wilcox apretó el gatillo de la «Twang».

En la posición de fuego mortal.

Sólo que el arma, la precisa y eficaz «Twang», no funcionó.

Mel Wilcox, aunque estupefacto, accionó una y otra vez el disparador de la pistola.

—No te molestes, Wilcox. No funcionará. Yo he neutralizado «su mecanismo. El de la Twang» y el de todo el sistema electrónico del apartamento.

La metálica voz del individuo acentuó el pánico en Wilcox.

—¿Quién... quién eres?

De nuevo sonó la voz.

Con marcadas modulaciones metálicas. Como si llegara procedente de una cámara de resonancias acústicas.

—Soy tu verdugo, Wilcox.

CAPITULO IX

Mel Wilcox no había soltado la «Twang».

La aferró con más fuerza. Hasta hacer blanquecer los nudillos de su diestra. Iba a saltar sobre el individuo.

Le machacaría la cabeza con el cañón de la Twang.

Los labios del individuo esbozaban una sonrisa. Una mueca que hizo destacar los filamentos venosos de su rostro.

—Inténtalo, Wilcox. Estoy esperando. Puedo leer en tu mente. A mi siguiente paso hacia ti, saltarás. Golpeándome en la cabeza. Sobre la placa superior. Eso es lo que pensabas, ¿verdad?

Mel Wilcox palideció.

La pistola tembló en su diestra.

Sí.

Eso había pensado.

Cuando el individuo diera un nuevo paso, abalanzarse sobre él.

—¿Qué ocurre, Wilcox? —inquirió el individuo a la vez que llevaba sus manos hacia una de las cartucheras—, ¿No lo intentas? Yo sí voy a actuar. Te quedan muy pocos segundos de...

El individuo se interrumpió.

Ladeó la cabeza.

Alarmado por un ruido procedente de la puerta de entrada al apartamento.

Y Mel Wilcox no desaprovechó aquel momento. Saltó como un felino. Con el brazo derecho en alto. Descargando el cañón de la «Twang sobre los discos acoplados en su cabeza comenzó a salir un humo negruzco. Los filamentos injertados en la piel se hincharon. Como si fueran a reventar.

Sonaron unos pasos por el corredor.

Hacia la habitación.

—¡Mel! ¿Por qué has desconectado el sistema de...?

La voz de Christina se quebró.

Ahogó las palabras para de inmediato reemplazarlas por un grito de terror.

Contemplando alucinada al caído individuo.

Mel Wilcox acudió junto a la muchacha abrazándola contra sí.

—Cálmate, Christina...

—¿Es… es… uno de ellos?

—No lo sé… ¡Dios…! ¡No lo sé! Se presentó aquí. Como un fantasma. No es como los otros. Su rostro, exceptuando unos filamentos que parten de su cabeza, es normal. Es como un robot humano.

—Pero… ¿qué quería?

—Darme muerte.

Christina, muy a su pesar, continuaba con la mirada fija en el inmóvil individuo. Contemplándole como hipnotizada.

—Ya… ya… ha dejado de husmear…

Wilcox se separó de la muchacha.

Fijó también sus ojos en el caído.

Rostro y manos eran ya una máscara fuliginosa.

—Ahora tenemos una prueba, Christina. Esto demostrará que no estoy loco. Que la historia no es fruto de mi imaginación. Telefonearé a Unidad Control Seguridad. Ahora sí investigarán.

—Al subir he visto un «Castle-Wagon» estacionado a un par de manzanas. Podemos darle aviso.

Wilcox se ajustó la chaquetilla.

Introdujo la mano en uno de los bolsillos. Extrajo la billetera. De uno de los compartimientos sacó una fina cartulina de oscuro plastificado.

Se inclinó sobre el caído tomando su mano derecha.

—¿Qué… qué haces, Mel?

—Estoy registrando sus huellas.

Christina parpadeó.

Con estupor.

—¿Piensas… creer que…?

Mel Wilcox se incorporó guardando de nuevo la cartulina.

Tomó del brazo a la muchacha.

—Yo me quedo aquí, Christina. Quiero vigilar tan valioso cadáver. Además, si me ven los U.C.S. pueden detenerme sin tan siquiera permitirme hablar. Corre tú al Castle-Wagon y denuncia la aparición de un muerto en tu apartamento. Será suficiente. Cuando suban contigo ya me encargaré yo de las explicaciones.

Christina obedeció.

No sin dirigir una última y atemorizada mirada al cadáver.

Mel Wilcox, una vez que la joven hubo abandonado el

apartamento, retornó junto al cadáver. Le descubrió el tórax. También surcado por aquellos extraños filamentos verdosos.

Todo el cuerpo.

Wilcox abandonó la estancia.

Pensativo.

Quedó bajo el umbral de entrada al living room.

Con la mirada fija en la puerta del apartamento. Se percató de que ya todo el sistema electrónico del microprogramador funcionaba a la perfección.

La puerta de entrada al apartamento permanecía entreabierta.

Pudo contemplar la llegada de uno de los tubo-elevadores interiores del edificio. Salió Christina escoltada por tres individuos que lucían el uniforme de agentes de U.C.S.

Avanzaron hacia el apartamento.

Los tres individuos ni tan siquiera prestaron atención a Wilcox. Se adentraron por el corredor. Con precipitado paso.

—Es la última puerta del...

Christina interrumpió su explicación.

Ya no era necesaria.

Los tres agentes de U.C.S. habían dado con la habitación donde yacía el cadáver.

Mel Wilcox, desde el living, les contempló perplejo.

Desvió la mirada hacia Christina.

—¿Dónde está el oficial?

—¿El oficial?

—Todo vehículo Castle-Wagon está capitaneado por un oficial de U.C.S. ¿No has hablado con un oficial?

—No... Sólo había tres agentes en el Castle-Wagon. Los tres que me han acompañado.

—¿Quieres decir...? ¿No ha quedado nadie en el Castle-Wagon?

-No.

Mel Wilcox llevó velozmente su diestra a la funda del cinturón donde se encontraba la «Twang».

Justo en el momento en que los tres agentes salían de la habitación. Dos de ellos portando el cadáver.

Y el tercero empuñando su reglamentaria «Twang».

Encañonando a Wilcox.

—¡Pronto, Christina! —exclamó Wilcox, empujando a la

muchacha—. ¡Salgamos de aquí!

Mel Wilcox apretó el gatillo.

Y mentalmente rogó al Todopoderoso que el arma funcionara.

Sí funcionó.

La bala explosiva reventó la cabeza del agente de U.C.S.

Sus dos compañeros soltaron el cadáver para empuñar sus armas.

Wilcox y Christina abandonaban ya el apartamento en veloz carrera. Dirigiendo sus pasos hacia el emplazamiento de los tubo-elevadores interiores.

La muchacha comenzó a teclear desesperadamente en los paneles.

—¡Al suelo, Christina!

Mel Wilcox protegió con su cuerpo a la joven.

Disparó contra los dos agentes de U.C.S. que iniciaban la salida del apartamento.

La pistola empuñada por Wilcox en posición de disparo mortal a ráfagas.

Una lluvia de detonantes balas abatió a los dos individuos.

Christina gateaba hacia uno de los tubo-elevadores que había llegado a la planta. También Wilcox saltó al interior de la cabina pulsando el mando de descenso rápido.

Enfundó la «Twang» ayudando a levantarse a la muchacha.

—Mel…

—Tranquilízate, Christina… Estamos a salvo.

—Dios mío… ¿Qué ocurre, Mel? ¿Quiénes eran?

—Sospecho que en ese Castle-Wagon se trasladó a nuestro primer visitante. Y quedaron esperando su regreso. Todo Castle-Wagon tiene una dotación de cinco hombres y un oficial. Bajo ningún concepto queda el vehículo sin ocupantes. Y siempre es el oficial quien primero comprueba la veracidad de una denuncia. De ahí que me alertara la ausencia del oficial y el que nadie quedara en el Castle-Wagon.

—Entonces… ¿no eran agentes de U.C.S.?

—Si lo eran, Christina. Dominados por… por ellos.

—¡Oh, cielos! ¿A quién podemos acudir, Mel? ¿A quién denunciar todo cuanto ocurre?

Wilcox apretó con fuerza las mandíbulas.

Abrazando a Christina.

Con un gesto protector que él mismo también necesitaba.

—No lo sé, Christina... Tal vez el mismísimo jefe supremo de Unidad Control Seguridad sea uno de ellos.

Abandonaron el edificio.

Mel Wilcox alzó la mirada al cielo.

Comenzaba el atardecer. El sol declinaba. Combatiendo también con la sempiterna capa contaminante que envolvía la ciudad.

Divisó el Castle-Wagon.

A unas veinte yardas.

—Vamos, Christina.

La muchacha obedeció mansamente.

Aún dominada por el miedo.

Mel Wilcox llegó ante la furgoneta. Abrió la portezuela trasera. Con facilidad. No estaba conectado el sistema de seguridad.

Se introdujeron en el vehículo.

Allí estaba emplazado el equipo Computer móvil junto con el teletransmisor y receptor sintonizado con la central de U.C.S.

Wilcox se acomodó frente al Computer.

Filtró por una de las ranuras, la correspondiente a identificación, la ficha plastificada con las huellas. De los diferentes pulsadores complementarios del panel sólo pudo presionar el de «digital». Ningún otro dato para facilitar la identidad de la huella registrada. Profesión, actividad, origen... cualquier otra información complementaria reduciría la búsqueda en el macrordenador central.

¿Qué otro dato podía añadir?

¿El de... extraterrestre?

Mel Wilcox dedicó una animosa sonrisa a la muchacha.

—No estoy loco, Christina. Simplemente trato de corroborar mi hipótesis.

—¿Qué hipótesis?

Wilcox mantuvo la mirada fija en la pantalla del Computer.

Funcionaba a gran velocidad. En nanosegundos aparecían y desaparecían las palabras. Computando en los diferentes archivos electrónicos para localizar la huella digital suministrada.

—Goldie Brennan contempló a unos seres deformes. Unas monstruosas criaturas que se adueñaron de Brooke Pickens y Gilbert Gielgud. Luego aparece un individuo con placas en la cabeza y el cuerpo surcado por verdosos filamentos. ¿Otro extraterrestre? Mi hipótesis es que...

Wilcox enmudeció.

La computer había fijado la imagen en la pantalla a la vez que emitía un zumbido de aviso.

Allí estaban los datos correspondientes a la huella digital consultada.

«Grahan McKern. Treinta y ocho años de edad. Jefe de Seguridad en el Laboratorio Bacteriológico de Hurtsburg, Illinois. Retirado de todo servicio por incapacidad física. Atacado por un virus sufrió parálisis total.»

Wilcox y Christina intercambiaron una perpleja mirada.

Fue entonces cuando el teletransmisor comenzó a teclear.

En las diferentes minipantallas se iluminó un piloto rojizo.

—Alarma Roja —murmuró Wilcox, precipitándose hacia el teletransmisor—. Algo grave ha ocurrido. Están transmitiendo en clave. A todas las fuerzas de seguridad del país…

—¿Qué sucede, Mel?

Wilcox mantuvo la mirada fija en pantalla.

Leyendo el mensaje cifrado.

Una súbita palidez se fue adueñando de las facciones de Mel Wilcox. Acompañada de ligero temblor de manos.

El comunicado quedó fijo en pantalla durante unos instantes. Desapareciendo para de inmediato volver a ser cifrado. Sin cesar en su teclear de alarma. Sin eclipsar el piloto rojizo.

—Mel…

Wilcox desvió la mirada hacia la expectante muchacha.

—Alarma Roja… Dentro de unas horas se ordenará a la población el toque de queda. En todo el país. Ha habido una horrenda explosión en Washington. Cuando estaba reunido el Triunvirato Presidencial junto con los altos mandos del gobierno. No hay supervivientes. Toda la zona ha quedado arrasada.

—Dios mío…

—Hay algo más, Christina —prosiguió Wilcox, con voz apenas audible—. En Italia, Inglaterra, Francia, Alemania, La URSS, en Africa… Todo el planeta se ha convertido en un infierno. Explosiones en todos los centros gubernamentales. Apocalípticas explosiones con un denominador común. El fallecimiento del máximo dirigente de la nación junto con sus colaboradores más importantes. Se puede decir que la mayoría de las naciones del mundo están actualmente sin

gobierno.

CAPITULO X

El general Marvin Stallone se dirigió por radio-televisión a la nación. Por todas las emisoras. Incluida Mundocanal. En un mensaje que era captado en los cinco continentes.

Marvin Stallone, el joven y belicoso militar paladín de la I Guerra Nuclear Europea, hacía un llamamiento a la paz. Empezando por reconocer su error, y el del gobierno del Triunvirato USA, que propició la guerra de neutrones europea. Afirmó desconocer los orígenes de esas explosiones en cadena por todos los países del mundo. Y públicamente se felicitó por la destrucción de tan nefastos gobiernos. Arengó por un mundo sin armas nucleares, bacteriológicas, por ciudades limpias de contaminación... y por la creación de campos de concentración y castigo para todos aquellos que osaran manchar el planeta denominado Tierra.

El general Stallone se había hecho momentáneamente cargo del gobierno de la nación. Toque de queda y ley marcial controlarían todo acto violento. Garantizando el orden en la población. Prometiendo un mundo mejor.

Brooke Pickens tomó la palabra.

Tranquilizando también a la población. No era día de luto, sino de júbilo. Empezaba una nueva etapa. Aún era tiempo de rectificar.

Mel Wilcox desconectó el receptor del jet-taxi.

Ahogando las palabras de Pickens.

Dirigió una mirada a la pálida Christina.

—Conmovedor, ¿eh, Christina? Marvin Stallone y Brooke Pickens. Dos auténticos hijos de perra. Ahora cantando odas a la paz y a la reconstrucción del podrido planeta.

—Ciertamente no son los más adecuados para hablar, pero el programa sí es bueno. Al menos en teoría.

—Esto es un estercolero, Christina. La gran cloaca, como dijo Pickens. Y dudo que tenga salvación posible. Nosotros, como la bestia de los pantanos, nos hemos acostumbrado al ambiente contaminado, a los alimentos adulterados, a las radiaciones, los virus... Somos carroña.

—Tengo miedo, Mel.

—Voy a tomar tierra en Wendy City. Y te dejaré allí. Seguiré solo

hasta las Wendy Hills.

—¡No, Mel! ¡Me prometiste...!

—Consideré más segura Wendy City que Los Angeles, pero nunca pasó por mi mente el permitir que me acompañaras hasta las Wendy Hills. Sé lo que voy a encontrar allí, Christina. Y no quiero que corras mi misma suerte.

—No bajaré en Wendy City. Has interpretado mal mi miedo, Mel. No temo por mí. Es el futuro lo que me aterra. No quiero afrontarlo sola. Iré contigo.

—¿A la muerte?

Se miraron a los ojos.

Intensamente.

Una leve sonrisa asomó en el bello rostro de Christina.

—Contigo, Mel. A tu lado. No importa dónde.

—Sería muy fácil seguir la corriente, Christina. Obedecer las órdenes del general Stallone. Como bien dices, un buen programa; pero necesito saber más. Quiero conocer qué ha provocado esta situación. Y la respuesta, aunque ya la deduzco, se encuentra en las Wendy Hills. Puede que el conocer la verdad signifique la muerte.

—Estoy decidida, Mel. Voy contigo.

Wilcox asintió.

En silencio.

El jet-taxi sobrevolaba ya Wendy City. Pronto alcanzaría las colinas. Ya era noche. En el negro manto del cielo destacaba la luna con su corte de luminosas estrellas.

El jet-taxi lo habían alquilado en Los Angeles. El haber conocido la noticia por U.C.S., antes de que fuera divulgada a la población, les permitió poder hacerlo. Momentos más tarde eran requisados todos los medios de transportes aéreo y marítimo. El toque de queda y la implantación de la ley marcial convertía a Los Angeles en una gigantesca prisión.

—Ahí está, Christina...

—¿Es ése el bungalow?

—Sí. Incluso nos tienen iluminada la pista de aterrizaje.

—Bésame, Mel.

Unieron sus labios.

Presintiendo ambos que aquello era una despedida.

El último beso.

El jet-taxi tomó tierra en la iluminada pista de aterrizaje del bungalow de Brooke Pickens.

Mel Wilcox fue el primero en descender del aparato.

Examinó la pista. Sin encontrar nada anormal. Ninguna obra parecía haberse allí realizado.

—Mel…

El tono de voz empleado por la muchacha hizo girar a Wilcox.

Identificó a Gilber Gielgud.

Avanzando hacia ellos.

Con una cordial sonrisa reflejada en el rostro.

—Buenas noches, Wilcox. Ya se está convirtiendo en un visitante habitual.

—Hola, Gilbert. Te presento a Christina Scott. Los graves acontecimientos nos han obligado a salir precipitadamente de Los Angeles. ¿Podemos disfrutar de tu hospitalidad?

Gilbert Gielgud asintió con un movimiento de cabeza.

Sin abandonar la sonrisa.

—Por supuesto. Le esperábamos, Wilcox, Síganme, por favor.

Wilcox y Christina unieron sus manos.

Con fuerza.

Gilbert Gielgud no les condujo hasta el bungalow, sino que encaminó sus pasos hacia el garaje contiguo a la casa.

Dos vehículos en el espacioso hangar. Dos autos de lujo. Acordes con la categoría del director de Mundocanal.

Gielgud introdujo la diestra en el bolsillo para sacar un aparato de control remoto.

Presionó una de las palancas.

Una plancha se abrió en el suelo del garaje.

Descubrieron una escalera.

—Yo me quedo aquí —dijo Gilbert Gielgud—. ¿Tienen miedo a bajar?

—Ya es demasiado tarde para retroceder —replicó Wilcox, con firme voz—. Sígueme, Christina.

Descendieron la escalera.

La plancha móvil se cerró tras ellos.

Herméticamente.

Eran pocos los peldaños. Conducían a una amplia sala. Dotada de paneles de iluminación. Con tubo-respiraderos en las paredes. Una

sala pródiga de complicados aparatos, pantallas telescópicas de diferentes tamaños, osciladores, amplificadores de imagen, sintonizadores...

Y frente a aquellos aparatos, sentado en un sillón móvil, un individuo de traje plateado.

Giró hacia Wilcox y Christina.

Y sonrió.

Sí.

Aquella mueca en el monstruoso rostro debía ser una sonrisa

CAPITULO XI

En el deforme rostro del individuo se mantuvo la mueca.

Movió de un lado a otro la cabeza.

—Lamento el horror que le causo, señorita Scott. Fue un error traer a su compañera, Wilcox. No debió hacerlo. Le creía más inteligente.

Mel Wilcox tragó saliva.

Percibía el temblar de Christina aferrada a él.

—No soy inteligente. Lo demuestra el hecho de estar ahora aquí. Lo prudente hubiera sido olvidar las Wendy Hills. No soy inteligente..., doctor Wanamaker.

El individuo rió en gutural carcajada.

—¿Ya no soy un alienígena, Wilcox?

—Jamás llegué a creer por completo esa historia, doctor. Sí, creo en la existencia de alienígenas. Y los considero lo suficiente inteligentes para no asomarse por nuestro estercolero. Le he visto en Mundocanal. Millones de telespectadores contemplaron horrorizados su rostro.

—Mi rostro no es único, Wilcox. Mis compañeros del Campo Investigación Nuclear de Willisville sufrieron igual mutilación. Algunos incluso más horripilantes. Hombres de gran valía. Científicos, ayudantes de investigación, técnicos en el campo nuclear, ingenieros atómicos... Hombres convertidos en monstruos.

—Recuerdo el accidente de Willisville.

—Oh, sí..., aunque de inmediato se echó tierra al asunto. No había que alarmar a la población. Fuimos gratificados y apartados de todo trabajo. Aislados. Como apestados. De eso hace ya cinco años, Wilcox. Cinco años...

El horrendo rostro de Saúl Wanamaker se crispó. Las llagas parecieron convulsionarse en aquella deforme masa. Como si tuvieran vida propia. La voz del doctor se hizo más ronca.

—Esos grupos de hombres, esos mutilados por la... ciencia, hemos decidido cambiar el futuro. Cinco años de trabajo, Wilcox. Dedicación plena y secreta. Todo nuestro saber. No sólo aquí. También en Europa. Incluso en la URSS. En la castigada Europa de la I Guerra de Neutrones. En lo que se denominó Ensayo Bélico

Nuclear por las dos grandes potencias. Hemos reclutado un gran ejército. De hombres y mujeres que han padecido esos horrores. Los de Willisville, los de otros campos nucleares accidentados, los supervivientes del… ensayo. Hemos seleccionado a los mejores. Científicos e investigadores que han comprendido que se caminaba hacia una autodestrucción de nuestro planeta. Científicos que han padecido en su propio cuerpo las consecuencias de nuestra avanzada civilización.

Saúl Wanamaker hizo una pausa.

Contempló sus manos.

Unas manos enguantadas.

Posó sus ojos en Wilcox y Christina.

La muchacha se estremeció. Incapaz de enfrentarse a la visión de aquel deforme rostro.

—Usted ha matado a un gran hombre, Wilcox. Me refiero a Graham McKern. Un defensor de nuestra causa. McKern llevó a la perfección el plan de seguridad. Controlando y supervisando nuestros refugios secretos. En California, Texas, Wisconsin… Un gran hombre. El profesor Terence Altman, especialista en prótesis biónica, es también uno de los nuestros. Devolvió a Graham McKern la facultad de movimientos. Le acopló unos ojos artificiales. Venció la parálisis de McKern. Igual hizo con otros hombres. ¿Recuerda al profesor Hoffman? En la Universidad de California. El y sus alumnos intoxicados por adulteración de alimentos. El profesor Hoffman también quedó paralizado. Ahora puede moverse con toda normalidad.

—¿Qué pretende, doctor? Su plan es demencial. No puede…

—¿Demencial? —bramó Saúl Wanamaker—. ¡Ellos sí eran los locos! Nos conducían a la destrucción. Ya no hablo de los incontables accidentes en centrales nucleares. Muchos de ellos silenciados a la opinión pública, pero las consecuencias sí son visibles. Una insignificante diez millonésima de gramo de plutonio provoca alteraciones epidérmicas precancerosas. Un reactor accidentado alcanza los nueve mil doscientos rads, cuando la dosis letal está en los seiscientos rads. No, Wilcox…, no quiero mencionar los afectados por anemias, alteraciones de la composición sanguínea, muerte de las membranas mucosas, disminución de leucocitos, rotura de vasos sanguíneos, desequilibrios en el sistema acuoso y

demás consecuencias de un leve accidente en central nuclear, laboratorio atómico o centro de investigación bacteriológica. Tampoco le mencionaré los efectos de la creciente contaminación. La criminal adulteración de alimentos con productos químicos... ¡Hablaré de monstruos! ¡De hombres y mujeres convertidos en monstruos!

—Fueron accidentes, doctor. Usted, como hombre de ciencia, debe admitirlos.

—Correcto, Wilcox. Y yo, como hombre de ciencia, debo impedir que vuelvan a producirse. El gobierno, no sólo el Triunvirato de los EE.UU., sino todos los gobiernos, nada han hecho. Todo lo contrario. Han jugado con el terror de la guerra nuclear. Hemos enseñado los dientes del lobo en el Ensayo Bélico Nuclear. Y todos los países han inclinado la cabeza aterrados. Conscientes de su impotencia. Juguetes de las dos grandes potencias que han sabido mover sus peones. Ha llegado el momento de terminar con todo ello. Ha llegado el momento de la gran invasión.

—¿Invasión?

—Sí, Wilcox. No por seres de otras galaxias, sino por hombres de este desolado planeta llamado Tierra. Nosotros, los monstruos creados por la radiactividad, salvaremos el planeta. Todos hemos trabajado en ello. Durante cinco años. Alcanzando descubrimientos que otros científicos, placenteramente mimados por la administración, jamás se atreverían a soñar. Hemos llegado a poder dominar la mente humana.

—Tengo pruebas de ello, doctor. Goldie Brennan.

Wanamaker movió afirmativamente la cabeza.

—No lamento la muerte de esa muchacha. Deben morir inocentes por el bien de la humanidad. Goldie Brennan descubrió la llegada del planeador. Con la misión de capturar a Brooke Pickens. No para dominar momentáneamente su mente. Hemos llegado más lejos, Wilcox. Podemos transmutar el cerebro. Brooke Pickens, el fiel servidor de los intereses del Triunvirato Presidencial, ha dejado de existir. Su cerebro está ocupado por Dirk Nicholson. Otro monstruo. Un ser deforme que ahora dispone de un cuerpo normal... El cuerpo de Brooke Pickens. No es el único experimento llevado a cabo. Cientos de ellos, en diferentes países, han hecho la suplantación. Así se ha podido llegar a realizar la cadena de atentados. ¿Cómo si no

burlar los sistemas de seguridad y llegar ante el mismísimo congreso del Triunvirato Presidencial? Primero fue la esposa de Howard Gilliam, nuestro secretario de Estado. Una ayudante de laboratorio, una mujer-monstruo, ocupó el cuerpo de la señora Gilliam. Abriendo camino para llegar a Howard Gilliams. El resto fue sencillo. Una diminuta bomba capaz de hacer volar por los aires todo un gran bloque de edificios. Para un secretario de Estado es fácil burlar todo sistema de seguridad que envuelve al Triunvirato Presidencial.

—Y otro tanto ocurrió en Europa, Africa...

—Sí, Wilcox. Nuestro grupo es poderoso. Formado por hombres inteligentes. No hay jefes ni soldados. Todos perseguimos un mismo fin. La subsistencia de nuestro planeta.

—Es un plan condenado al fracaso.

Saúl Wanamaker rió.

En gutural carcajada.

—¿Fracaso? Ya hemos triunfado. Desde esta pequeña base de seguimiento he conectado con los diferentes estados. Todo ha salido según el plan trazado. Aquí es el general Stallone quien controla la situación.

—¿Otro de los... monstruos?

—Cierto, Wilcox, pero es secundado por otros hombres. Ajenos a nuestra organización. Hombres conscientes de que era necesario un brusco cambio de gobierno. Incluso en algunas naciones el mando es ejercido por hombres no vinculados a nuestra secreta sociedad. Y les dejamos hacer. Influimos en ellos solapadamente, pero no ambicionamos el poder. No es ése nuestro objetivo. Vamos a destruir nuestras bases secretas, nuestros laboratorios secretos de investigación, las sofisticadas armas que hemos construido... Todo será destruido. Ya no lo necesitamos. Ya hemos triunfado. Nadie conocerá la organización. Nadie conocerá la gran invasión que hemos llevado a cabo.

—¿Nadie?

Era imposible leer en el deforme rostro de Saúl Wanamaker. Aquellas horrendas facciones no expresaban sentimiento alguno. Sólo inspiraban repugnancia y terror.

—Lo lamento, Wilcox. Y también por tu chica. Os espera la muerte. Todos cuantos han descubierto el plan deben morir. Es necesario para encauzar firmemente la reforma. Las palabras

pronunciadas por el general Stallone tienen un gran valor, pero carecerían de todo significado si se conociera que no es Marvin Stallone quien realmente habla; sino otro hombre que ha ocupado su cuerpo. Muchos no aceptarían el plan que hemos llevado a cabo. Se volverían contra los… invasores. Y no queremos más guerras, Wilcox. No más guerras en nuestro planeta. No más muertes. Sólo… las necesarias.

Mel Wilcox desenfundó su «Twang».

Encañonando al doctor.

—Vamos a salir de aquí, doctor.

—Pobre iluso… ¿Qué pretende con esa ridícula pistola, Wilcox? Graham McKern se la inutilizó, ¿recuerda? Yo puedo hacer lo mismo.

Saúl Wanamaker tendió su enguantada diestra hacia un objeto cilíndrico.

Y Mel Wilcox apretó el gatillo.

La «Twang» no funcionó.

—Se lo advertí, Wilcox. Nada puede hacer contra mí. Yo sí puedo…

Mel Wilcox arrojó la pistola.

Con violencia.

Contra la cabeza de Saúl Wanamaker.

El doctor se incorporó tratando de esquivar el golpe, pero no lo consiguió. Recibió el impacto en la frente. No le alcanzó de lleno, aunque sí le hizo girar y caer aparatosamente sobre el cuadro de mandos.

Súbitamente surgió el fogonazo. Provocado por haber pulsado alguna de las palancas. Sonaron varias explosiones en cadena. Todo el complejo equipo de aparatos comenzó a humear y de inmediato apareció envuelto en llamas.

También Saúl Wanamaker se había convertido en una antorcha humana.

Comenzó a aullar retorciéndose por el suelo.

—¡Ayúdame, Christina! —exclamó Wilcox, despojándose de la chaquetilla. Apagaron las llamas que envolvían a Wanamaker.

El rostro del doctor era la viva representación del horror. Una masa deforme donde las llagas supuraban viscosas.

—Doctor…

—Has... has adelantado la autodestrucción de las bases... Empieza a borrarse... toda huella de la organización... Sólo que yo también voy a ser... aniquilado... Tres minutos, Wilcox... Eres inteligente y nada contarás de... Tres minutos para salir... La puerta del fondo... la rampa de emergencia... hay una esfera de lanzamiento...

Mel Wilcox desvió la mirada.

Descubrió una puerta de guillotina que se había abierto mostrando un habitáculo esférico.

—Le llevaré con nosotros, doctor.

—No... sólo hay lugar para dos... Yo... para mí todo ha terminado... Escapar... queda ya muy poco tiempo... Wilcox... también tú debes velar por nuestro... ayuda a no emponzoñar...

La voz de Saúl Wanamaker se quebró.

Sus ojos, aquellas dos diminutas esferas en el deforme rostro, perdieron todo brillo.

— ¡Mel! —gritó Christina—. ¡La esfera se está cerrando!

Corrieron hacia la compuerta.

Apenas penetrar en el habitáculo, la esfera se cerró por completo. Había dos asientos con lonas presuriza- das acopladas y correas.

Wilcox y Christina se introdujeron en aquellas sacas.

La esfera comenzó a deslizarse.

Primero con suavidad.

Como si se deslizara por una pendiente.

Y a los pocos segundos fue impulsada con vertiginosa velocidad. La plataforma subterránea conducía a la pista de aterrizaje del bungalow. Allí se abrió la compuerta de expulsión. La esfera, como una bala, salió al exterior.

Cayó mansamente a considerable distancia del bungalow.

Justo en el momento en que una horrenda explosión hacía temblar las entrañas de las Wendy Hills.

El bungalow de Brooke Pickens era convertido en cenizas.

EPILOGO

Slim Reynolds alzó la mirada.

Enfrentando sus ojos a los de Mel Wilcox.

—Soy su nuevo jefe de mando, Wilcox. Hal Squire ha sido destituido.

—Lo sé, señor.

—Me he interesado personalmente por su caso, Wilcox. Sin dejarme influir por sus incontables expedientes disciplinarios, sino por la valía del individuo. Y hombres como usted son necesarios en U.C.S.

—Gracias, señor.

—Tengo ante mí todo el informe video-audio de lo ocurrido en la Unidad Control Seguridad de Wendy City. Datos de muy poco valor. Sólo las declaraciones de los guardianes de la entrada. El teniente Carney no tenía conectado, como es obligatorio, el sistema de grabación. No fue registrado nada de cuanto ocurrió en aquel despacho. Ni imagen ni sonido. Es sólo su palabra, Wilcox. Aquí tengo su declaración... ¿Quiere rectificar o añadir algo?

Wilcox permaneció unos instantes en silencio.

Contemplando a Reynolds.

Mirándole a los ojos.

—No, señor. Me presenté ante el teniente Carney para investigar en la denuncia formulada por Goldie Brennan.

—Ah, sí... Esa ridícula historia del OVNI. Pobre muchacha... Estaba loca y terminó por suicidarse.

La mirada de Wilcox se hizo más inquisitiva.

Fija en los ojos de Slim Reynolds.

—Correcto, señor. El teniente Carney, sin explicación alguna, desenfundó su «Twang» y disparó sobre mí. Yo estaba desarmado. Traté de defenderme y el teniente se mató con su propia arma.

—¿No tiene sospecha alguna de tan sorprendente reacción?

—No, señor. Posiblemente se volvió loco.

Los dos hombres se miraron fijamente.

Durante unos instantes.

Slim Reynolds terminó por esbozar una sonrisa.

—Sí, tal vez... Todos estamos un poco locos. Bien, Wilcox. Caso sobreseído. Volverá a ocupar su cargo de agente de U.C.S. Incorpórese al puesto dentro de tres días. Disfrute de ese pequeño descanso, Wilcox.

—Gracias, señor.

Mel Wilcox abandonó el despacho.

Al salir del túnel de acceso encendió un cigarrillo.

—¡Eh, Wilcox! —dijo uno de los guardianes de servicio—. Aquí

no se puede fumar.

Mel Wilcox no pareció oír al guardián.

Caminó con el cigarrillo entre los labios.

Pensativo.

Minutos más tarde salía del gigantesco bloque de edificios que formaban la U.C.S. de Los Angeles.

Dirigió sus pasos hacia el auto donde le esperaba Christina. Se acomodó en el interior del vehículo.

—¿Y bien, Mel? —preguntó Christina—. ¿Cómo te ha ido?

—Caso cancelado. Dentro de tres días me incorporo de nuevo a mi puesto de agente de U.C.S.

—¡Oh, Mel…! ¡Es maravilloso!

Christina le echó los brazos al cuello.

Besándole efusiva.

La falta de entusiasmo en Wilcox hizo parpadear a la muchacha.

—¿Ocurre algo, Mel?

—¿Cómo…? Oh, no… Ya te lo he dicho. Todo perfecto. Incluso el jefe me ha dicho que tipos como yo son necesarios en U.C.S.

—¿De veras? Hal Squire jamás te mostró simpatía.

—Mi jefe ya no es Hal Squire. Han nombrado a otro.

Una tenue palidez se adueñó de las facciones de Christina.

—Comprendo. ¿Crees que es… es uno de ellos?

Mel Wilcox hizo una mueca.

—No lo sé. Le he mirado fijamente a los ojos. Esperando que se volvieran azules. ¡Maldita sea! Habíamos prometido olvidarnos de ello. ¡Ni mencionarlo entre nosotros! ¿Quién nos iba a dar crédito? ¿Cómo pregonar que Brooke Pickens, Marvin Stallone y otros muchos más no son ellos, sino que sus cuerpos…

—Yo nada he dicho, Mel. No quiero que me encierren en un centro psiquiátrico, pero entre nosotros podemos…

—Ni entre nosotros, Christina. ¿De acuerdo? Por supuesto que no lo olvidaremos. Es algo que jamás conseguiremos olvidar. Esperemos que ellos tampoco olviden.

—¿Qué quieres decir?

—El mundo es ahora, al menos en estas primeras semanas tras los trágicos acontecimientos, una balsa de aceite. Todos los gobiernos provisionales están redactando planes de paz, concordia y prosperidad. Se proyectan planes para combatir eficazmente la

contaminación, se rechazan las armas nucleares, las investigaciones bacteriológicas en plan bélico, se castigará severamente todo atentado a la salud pública… Lo dicho, Christina. Muy buenos propósitos. Esperemos que se cumplan.

—Se cumplirán, Mel. Ellos han conocido el horror.

—Correcto, Christina. Se convirtieron en monstruos, pero resulta que ahora ya no lo son. Ahora… ocupan un cuerpo no mutilado por la radiactividad. Y puede que eso, con el tiempo, les haga olvidarse de la causa.

—Dudo que eso ocurra, Mel. Eres un pesimista.

Wilcox sonrió.

Besó los labios femeninos.

—¿Pesimista? No, Christina… Y para demostrar mi confianza en el futuro pienso casarme contigo. Sólo dudo del hombre. No sería la primera vez que el hombre tropieza en una misma piedra. Hablo del terrícola. Los seres de otros planetas sí son inteligentes. Siguen sin dejarse ver por aquí.

F I N



Si le gusta lo más escalofriante,
lo más insospechado, lo menos absurdo,
lo no apto para lectores nerviosos...
lea y saboree cualquier relato de la

Selección



que se los ofrece ahora semanalmente
y en cada uno de los cuales hallará siempre
las mejores novelas escritas por los más
afamados expertos en el género.

¡Asegure su ejemplar!

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.



Precio en España **50** ptas.

Impreso en España